

# Capricornio

1954

## sumario:

- H. de **GALARD** McCarthy asume el poder  
Osiris **TROIANI** Epístola a los surrealistas  
Pablo **NERUDA** A la soledad  
César **VALLEJOS** Muro Antártico  
Osorio **CESAR** Breve historia de Portinari  
Carlos **SPINEDI** Literatura y Psicología  
Francis **JEANSON** Para decirlo todo...  
Vasco **PRATOLINI** Mara  
William **FAULKNER** Me rehuso a creer en el ocaso  
del hombre  
Oswald **BAYER** El consuelo del desconsuelo  
europeo

## libros

Fernando Guibert: Poeta al pie de  
Buenos Aires, por Pedro G. Orgam-  
bide. — José Blanco Amor: La vida  
que nos dan. — Eugen Relgis: De  
mis peregrinaciones europeas,  
por Gregorio Sélser.

# ARGOS S. A.

NOVEDADES Y REIMPRESIONES

## El Arte y los Artistas

LOS PINTORES MODERNOS, Lionello

Venturi ..... \$ 35.—



## Hombres e Ideas

ROMAIN ROLLAND, Bernardo E. Ko-

remblit. Humanismo, combate y sole-

dad, 474 págs. con ilustraciones ..... \$ 35.—



## Obras de ficción

3ª Edición. EL INMORALISTA, André

Gide ..... \$ 18.—



ARGOS S. A. EDITORIAL C. e I.

Moreno 640

33-7100

Buenos Aires

Argentina

# CAPRICORNIO

Revista de literatura, arte y actualidades. Dirige: Bernardo Kordon. Marca Registrada Nº 309.191. Registro de Propiedad Intelectual Nº 426.224. Córdoba 2752, Buenos Aires  
Distribuidora Exclusiva: Librería Hachette, S. A. Rivadavia 739, Buenos Aires.

Año II

Nº 5

## Mc CARTHY ASUME EL PODER

por H. DE GALARD

Quando no podía tirar sobre los aviones japoneses, su mayor placer consistía en ametrallar, hasta el agotamiento de sus municiones, los cocoteros que jalonaban los atolones del Pacífico. Este pasatiempo lo había hecho célebre en la escuadrilla de la aviación naval, donde en ese año de 1943 servía de ametrallador de cola en un avión de bombardeo. Lo conocían como valiente y además un poco histérico; fastidiaba a algunos, pero maravillaba a muchos otros. Estos últimos llevaban la cuenta de los cocos derribados, como más tarde anotarían a los comunistas, los espías y los "malos americanos" denunciados por Joseph McCarthy al celo de la F.B.I., al castigo de los tribunales o a la vindicta del público. Pues, enviado al Senado, el cazador de cocos debía convertirse en el más encarnizado "cazador de brujas", y como se enorgullece él mismo, pasaría a ocupar en el Congreso el papel de "ametrallador de cola".

Hace pocas semanas, un joven iraní de doce años, Sasanpour Etzadu, fué graciosamente invitado por Richard Nixon a pasar tres meses en Estados Unidos. Generosidad explicable: "Durante la permanencia del vicepresidente de los Estados Unidos en Teherán, el muchacho dió a la policía las indicaciones que permitieron descubrir una cétula Toudek" (1).

Entre el premio oficial a la delación, estimulado en esta forma por el señor Nixon, y el histerismo anticoquero del ex aviador, transcurrieron once años en los cuales se vió nacer y desarrollar en los Estados Unidos un fenómeno que hoy se llama el McCarthismo, pero al cual el senador por

(1) Cable de la A. F. P. del 3 de enero de 1954.

es prácticamente la del anticomunismo y el antisovietismo en Estados Unidos. Wisconsin no hizo sino darle su nombre. Pues la historia del McCarthysmo es la evolución del gran miedo que domina a los mantenedores de un orden económico y social determinado frente a la aparición de una fuerza nueva que puede llegar a sacudirlos.

El personaje es interesante, pero no esencial. Lo que hizo, muchos otros pudieron hacerlo, y si él surgió fué simplemente porque se encontraban a su disposición y debidamente ajustados, todos los instrumentos que debía usar. Cualquiera pudo utilizarlos. Joseph McCarthy no inventó ni descubrió nada. Tiene rivales y competidores: el anticomunismo es demasiado buen negocio en Estados Unidos para que su jefe no sufra del celo y la ambición de otros pretendientes al mando. Pero él es más ardiente que los otros y fué el primero en comprender el partido, que en una época de guerra fría (en los Estados Unidos comenzó antes de 1948), un político podía sacar de la denuncia, del espionaje y del peligro del comunismo. McCarthy debía convertirse en el *Mathurin* de la delación, el *Superman* del anticomunismo. Representa la reacción contra las tendencias liberales, y a veces socializantes de Roosevelt. En el McCarthysmo todo es reacción.

Su acción lo llevó lejos y de modo triunfal. No hay un solo ciudadano yanqui que pueda más que él. McCarthy puede actualmente atacar de frente al presidente Eisenhower, y no falta a la verdad cuando afirma que la campaña electoral del año 1954 se desarrollará *pro* o *contra* el McCarthysmo. Si aún no pretende la presidencia de Estados Unidos, en cambio apunta abiertamente para la vicepresidencia. Y si al principio de este año, podía parecer que se buscaba disminuir su papel en la presidencia de la Comisión Permanente de Investigaciones del Senado, su autoridad no ha sido de modo alguno reducida, pues McCarthy ha quedado, de todos modos, como presidente de la Comisión que controla y supervisa todos los gastos de la Administración.

¿Cómo McCarthy, de quien no se habló hasta 1950, pudo alcanzar este grado de potencia? ¿Cómo se hizo posible que este poder pudo en esta época estar a disposición de quien quiso tomarlo? ¿Y, sobre todo, cómo pudo encontrar en 1950 un terreno enteramente despejado para su acción y una opinión pública dispuesta a aprobarlo sin la menor reserva? Es que el McCarthysmo, que aún no se conocía bajo este rótulo, data en realidad de 1945. Antes que McCarthy, Estados Unidos conoció ya el abandono de la política rooseveltiana, el espionaje atómico, los procesos anticomunistas y la "caza de las brujas".

## DERROTAR A ROOSEVELT

Volvamos al fin de la guerra. Muy rápidamente, el capitalismo tradicional de los Estados Unidos recuperaba sus derechos y sus tradiciones. Ya se había arrepentido, de haberse visto obligado durante varios años a realizar una alianza con un sistema económico enemigo, contra una economía que era la suya y en la cual tenía muchos intereses. Yalta terminaba de permitir a los "Grandes" repartirse el mundo y los aliados se convirtieron en rivales. La reconversión, la amenaza de una crisis, el temor de que los beneficios de los años de guerra no pudieran reanudarse, obligaron a los hombres de negocios yanquis a mirar más allá de sus límites habituales. Descubrieron que en adelante algunos de los mercados les serían vedados. Su anticomunismo y su antisovietismo, dormidos durante la guerra, despertaron con renovados bríos. Todo eso que se había hecho de acuerdo con los rusos, entre 1941 y 1945, para derrotar al nazismo, por sinceridad de alianza o por interés, todo eso que durante esos cuatro años se había justificado y admitido, se convertía en hechos de señalada imprudencia, deslealtad y traición. Todos los ataques que han sido y serán lanzados aún contra los antiguos ejecutores de la política de Roosevelt no tienen sino un objetivo: desacreditar a quienes entre 1944 y 1945 sirvieron lealmente a la alianza ruso-americana, y a quienes al terminar la guerra estimaron que la coexistencia con la U.R.S.S. no sólo era posible, sino que resultaba recomendable para los Estados Unidos.

Mucho antes de la guerra fría oficial, Rusia se convirtió en el adversario y el comunismo en el enemigo. El capitalismo americano atacó más violentamente cuando se sintió amenazado. Las decisiones fueron tomadas rápidamente. Desde el final de la guerra en Europa, tres meses después de Yalta y dos meses antes de Potsdam, el "big business" obtenía de Truman la suspensión inmediata y brutal del préstamo y arriendo. Y sobre todo se abandonó el proyecto de ayuda económica a la U.R.S.S., con el cual los rusos contaban formalmente (2).

(2) Se ha probado que los rusos contaban con la obtención de créditos americanos al terminar la guerra. Stettinius, en su libro "Yalta, Roosevelt y los rusos" explica que los representantes soviéticos a la Conferencia de Yalta se mostraron extremadamente interesados en obtener de EE. UU. créditos a largo plazo. El Secretario de Estado de Roosevelt pudo responderles que "el gobierno americano había estudiado el problema de los créditos a los Soviets y que personalmente él se encontraba dispuesto a discutir este problema, ya sea inmediatamente, o más adelante en Moscú o Washington".

En el campo interno, el capitalismo americano caía en la cuenta que las fuerzas de izquierda habían progresado durante la guerra. A pesar de su debilidad numérica, los líderes comunistas mantenían ciertos puestos de control en algunos sindicatos del C.I.O. Sobre la costa oeste, los portuarios, bajo el impulso de Harry Bridges, habían constituido una poderosa organización. Los círculos "liberales" e intelectuales se habían desarrollado ampliamente desde el *New Deal* con la protección de Roosevelt, quien había colocado a muchos de sus elementos más brillantes en los puestos claves de su administración. Abe Fortas contaba 28 años cuando Roosevelt lo nombró subsecretario del Interior. Hiss tenía apenas 40 años cuando acompañó al presidente a Yalta. Finalmente era la época en la cual Wallace esperaba constituir en los Estados Unidos un partido, progresista fuerte y organizado.

Si durante la guerra, la corriente de simpatía popular por la victoria del Ejército Rojo hacía difícil todo estímulo oficial, e inclusive oficioso hacia el antisovietismo sistemático, la situación cambió radicalmente a partir de 1945.

El reparto del mundo, señalado tanto en Yalta como en la Conferencia de San Francisco, era un hecho. Se volvió a desenterrar el peligro comunista; se retomó el gran miedo hacia la U.R.S.S. y al comunismo malhechor. Tanto uno como el otro "se ingeniaban en destruir la famosa forma de vida americana". El anticomunismo volvía a ser un hecho normal y sólo se trataba de lograr exacerbarlo.

En los sindicatos volvió a hacerse presente desde 1946, y hombres como Philip Murray y Walter Reuther, que hasta entonces fueron obligados a mantener un trato amistoso con los elementos comunistas de la C.I.O., podían ahora desembarazarse de ellos sin ningún escrúpulo. La depuración comenzaba al mismo tiempo entre los funcionarios; el equipo Truman subió al poder y el gobierno comenzó a purgar a la administración federal de los elementos "sospechosos". A su disposición se pusieron la prensa, la radio, el cine: en manos de grupos reaccionarios, potentes e influyentes. Del mismo modo que días antes, durante la guerra, elogiaron las virtudes de la U.R.S.S., condenaron su imperialismo y denunciaron los peligros que el comunismo hacía correr al sistema americano. La política de la U.R.S.S. en esa época, la aparición progresiva de las democracias populares facilitaron este cambio de apreciación. Los oficiales exigían seguridades y los parlamentarios pedían audacia. Sólo es necesario la inquietud de algunos para lograr el enloquecimiento de la mayoría.

Ya se había comenzado a denunciar a aquellos que habían sido, durante la guerra, los aliados leales de la U.R.S.S. Se los convirtió en "instrumen-

tos eficaces de la colaboración con el comunismo" y se dispusieron a condenarlos. Pero era preciso encontrar los chivos emisarios y montar un tinglado. ¿Podía encontrarse mayor eficacia que en el dominio que más impresionaba la imaginación de los yanquis, es decir en el rubro del arma atómica?

## EL ESPIONAJE ATOMICO

El 5 de septiembre de 1945, el tercer secretario de la embajada soviética en Ottawa, Igor Gouzenko, se presentó a medianoche en la sede de la Policía Montada. Enarbolando un cartapacio que contenía una centena de documentos secretos sustraídos al Servicio de Claves de la embajada, se declaró dispuesto a revelar todos los engranajes del espionaje soviético en los Estados Unidos y en Canadá. La policía canadiense inició entonces una investigación que duró cerca de cinco meses.

Aún se trataba a Moscú con guantes de seda y el gobierno canadiense no quería hacer nada que pudiese comprometer el éxito de las negociaciones internacionales en curso. Fué preciso esperar al 15 de febrero de 1946 para que M. Mackenzie King se decidiese a publicar este "affaire" por un comunicado oficial (3). La investigación siguió su curso normal. Una docena de canadienses, con vinculaciones más o menos estrechas con el Partido Comunista, fueron acusados de espionaje, juzgados y condenados a penas de prisión. El embajador soviético Georgi Zaroubine (4) fué llamado a Moscú, si bien la Comisión Real de Investigaciones canadiense se había cuidada, en las conclusiones de su sumario, de disculparlo de todo cargo.

No cabe duda que hubo espionaje. Por otra parte un comunicado del gobierno soviético lo reconocía implícitamente: los secretos obtenidos, según el Kremlin, eran por demás insignificantes.

El gobierno canadiense había tratado el caso con prudencia y diplomacia, pero los elementos reaccionarios yanquis no esperaban sino una situación así para encender la mecha de la dinamita. Se actualizaron las revelaciones sensacionales que fueron formuladas anteriormente sobre la red de espionaje soviético en E.E. UU., lo que permitiría a los extremistas lan-

(3) El coronel Zabolín, agregado militar en Ottawa, salió bruscamente de Canadá después de las revelaciones de Gouzenko, quien lo señaló como jefe de la red de espionaje soviético. Según un comunicado de la Agencia Tass, Zabolín murió poco después de un ataque cardíaco.

(4) Actualmente embajador en Washington.

zar una campaña virulenta, y al gobierno demócrata "despertar la opinión pública americana" (5).

Estados Unidos estaba desarmado. Pero se le había explicado que continuaba siendo la nación más poderosa del mundo, gracias al monopolio atómico. Toda la política americana estaba fundada sobre este postulado y toda su psicología se basaba en este mito, y repentinamente se le señalaba a la Quinta Columna soviética disponiéndose a robarles, en su propia casa, los secretos de la bomba atómica... Al fin se podía gritar la existencia de un complot. Naturalmente resultaba inconcebible que los sabios rusos pudiesen descubrir solos el proceso de fabricar la bomba atómica y era fuera de toda lógica que los servicios de espionaje soviético pudiesen sustraer los secretos sacrosantos sin la complicidad americana.

La conclusión práctica que se saca rápidamente resulta clara: "Los traidores están entre nosotros". Por una lógica implacable, Estados Unidos iba a pasar así de los procesos de espionaje al anticomunismo, después a la xenofobia y a una especie de racismo que no se atreve a llamarse con su verdadero nombre. La F.B.I. tardaría dos años en descubrir a Fuchs, pero mientras tanto el Congreso se posesionaba del pretexto atómico para montar de modo espectacular la "caza de brujas".

### LA CAZA DE BRUJAS

El 23 de agosto de 1939, es decir cuarenta y ocho horas después de la firma del pacto germano-soviético, un tal Wittaker Chambers pidió audiencia al presidente Roosevelt. No fué recibido, pero logró obtener una entrevista de una hora con Adolf Berle, subsecretario de Estado. Chambers contó que servía de correo en la red de espionaje soviético en Estados Unidos, y que a raíz de la firma del tratado germano-soviético había decidido abandonar el comunismo y que estaba dispuesto a ayudar al gobierno americano y a denunciar a los funcionarios que desde dentro de la administración le facilitaban los documentos secretos. Roosevelt, puesto al corriente, no tomó el asunto en serio, lo que permitió afirmar a los republicanos que se había convertido en un cómplice de los traidores...

(5) Al volver de Moscú, donde fué embajador, Averell Harriman afirmó frente al "War College" de Washington, que era inevitable un conflicto entre Estados Unidos y Rusia. Agregó que sentíase espantado por "el espíritu despreocupado" de sus compatriotas, su "falta de idealismo" y de "vigilancia frente al sombrío peligro que lo amenazaba".

En 1941, Chambers vuelve a la carga. Las informaciones que concede al Ministerio de Justicia fueron transmitidas al F.B.I. y al servicio de contraespionaje. La investigación fué llevada muy lejos, pero recién en 1948 el asunto vería la luz, cuando la F.B.I. comunicó sus investigaciones a la Comisión de Actividades Antiamericanas.

Al fin, esta comisión contaba con su "escándalo". Necesitaba crear un precedente y golpear fuerte: así surgieron los casos White y Alger Hiss. También necesitaba golpear "el corazón del complot y de la traición" y se produjeron los grandes procesos contra los dirigentes comunistas. El asunto Hiss, que no tuvo mucho eco en Europa, fué el "affaire Dreyfus" de los Estados Unidos y señaló un viraje decisivo de la política interior americana de postguerra.

El 3 de agosto de 1948, la Comisión de Actividades Antiamericanas invitó a Chambers a testimoniar, y por tercera vez aquél repitió su historia. Al fin tuvo un auditorio atento y apasionado, sobre todo cuando acusó a dos viejos funcionarios demócratas de alto rango: Harry Dexter White y Alger Hiss.

White había sido, en el transcurso de toda la guerra, el consejero más íntimo de Henry Morgenthau, secretario del Tesoro. Formaba parte del famoso "brain trust" de Roosevelt, difamado por toda la reacción americana. Fué él quien estuvo en los antecedentes del plan Morgenthau, que abogaba por la supresión de la industria alemana para después de la guerra. También fué él quien propuso a Morgenthau, el 7 de marzo de 1944, un plan quinquenal de cinco millones de dólares para el desarrollo de la economía soviética, ayuda con la cual contaban los rusos y que hubiese hecho de la U.R.S.S. una fuente de minerales y de materias primas necesarias para los Estados Unidos, al mismo tiempo que un enorme mercado para su producción (6). En consecuencia White era una víctima designada por los detractores de Roosevelt.

Chambers, apoyado por Elisabeth Bentley, otra comunista arrepentida, afirmó que White era un espía a sueldo de Moscú. El ataque estaba bien llevado, pero el 16 de agosto de 1948, es decir dos semanas después del comienzo de la investigación, White fué encontrado muerto en su casa. ¿Se trataba de un suicidio o de un accidente? Jamás se supo. El asunto fué echado al olvido. Los republicanos lo desenterraron en 1953, cuando en los primeros días de noviembre, el ministro de Justicia del gobierno Eisenhower, Her-

(6) Ver "New Times", del 14 de noviembre de 1953.

bert Brownell, anunció que había encontrado en el sumario de su Ministerio la prueba de que el presidente Truman había sido advertido por su secretaria de Estado, Byrnes, el 6 de febrero de 1946, sobre la validez de las informaciones del F.B.I. contra las actividades de Harry Dexter White. Sin embargo, y pese a ellos, Truman nombró a White con el puesto de Director Ejecutivo, en representación de los EE. UU., en el Fondo Monetario Internacional (7).

La acusación de Brownell levanta una grave emoción en EE. UU. y obliga a Truman a defenderse, si no ante la Comisión McCarthy, como hubiese querido el senador, al menos ante la televisión. ¿Acaso esa acusación no había sido lanzada sólo para probar a la opinión pública americana que la Administración ejercía tan bien como McCarthy su deber de vigilancia? (8). Esto ilustra uno de los aspectos esenciales de la campaña anticomunista en los Estados Unidos, su aspecto demagógico y electoral de lucha política entre dos partidos lanzados a la conquista de la opinión pública.

White estaba muerto, pero Hiss vivía. Este también fué uno de los elementos más brillantes del "brain trust" de Roosevelt, a quien acompañó a Yalta. Más tarde, fué secretario general de la Conferencia de San Francisco, donde fué creada la Organización de Naciones Unidas, pasando después a ser director de Asuntos Políticos en el Departamento de Estado. Poco después abandonó los asuntos públicos para tomar la presidencia de la Fundación Carnegie por la Paz. Al atacarlo se podía desacreditar a la vez a Roosevelt, a la Conferencia de Yalta, a las Naciones Unidas, a los demócratas, al Departamento de Estado y a los *new dealers*. Era una buena presa para la Comisión de Investigaciones.

El 25 de agosto de 1948, Hiss fué confrontado con Chambers ante la Comisión de las Actividades Antiamericanas. Los detalles rocambolescos de este caso constituyeron una verdadera novela policial que apasionó a las muchedumbres americanas (9). El proceso judicial que se desarrolló del 31

(7) En 1947, las acusaciones de Chambers y de Elisabeth Bentley contra White fueron sometidas por el F.B.I. a un "gran jurado", el que estimó que las pruebas presentadas eran insuficientes para abrir un precedente. El mismo año, White renunció al Fondo Monetario Internacional.

(8) Ese mismo deber de vigilancia que a lo largo del año 1952 fué la orden del día en todos los diarios soviéticos...

(9) Hiss fué acusado de comunismo y espionaje. En un principio pretendió no conocer a Chambers, pero lo reconoció al ser confrontado con él, pues Chambers usaba un nombre falso en esa época. Inmediatamente negó haberle entregado documentos, pero Chambers conduce a los policías hasta su huerta y les entrega una lata llena de documentos secretos micro-firmados, que había escondido en un zapallo... ¿De dónde procedían esos documentos? Nunca se supo.

de mayo al 8 de julio de 1949 fué severo; el jurado no pudo pronunciarse; Hiss fué absuelto, pero no por mucho tiempo. Dieciocho meses más tarde se intentaba condenarlo con un segundo proceso. El 25 de enero de 1950 fué condenado a cinco años de prisión, no por traición, sino por perjurio, y el 22 de marzo entró en prisión. La reacción americana había tenido la última palabra. A partir del momento en que Hiss fué condenado, se podía acusar a cualquier otro de traición. Las puertas estaban abiertas para McCarthy, y éste lo aprovechó quince días más tarde.

Después de White y de Hiss, la comisión se dedicó a David Lilienthal. Colaborador de Roosevelt, Lilienthal era el hombre que había concebido, creado y dirigido la T.V.A. (Tennessee Valley Authority), imponente conjunto de represas, obras de irrigación y de energía hidroeléctrica, que los capitalistas americanos consideraron como una horrible tentativa de socialismo. En 1947 y en 1949, se trató de acusar a David Lilienthal de comunismo y espionaje, pero nada se pudo probar contra él. Hasta entonces no se atacaba al comunismo, sino a todos los vestigios del "new deal" de Roosevelt y a sus aspectos "socializantes", lo que ilustra uno de los aspectos más característicos de la "caza de brujas".

El asunto Hiss no era el proceso de un espía, sino el de toda una política. Nos encontramos al fin de 1948; en medio de la sorpresa general, Truman terminaba de ser elegido presidente, llevando al Congreso una mayoría demócrata. (En 1946 el Congreso poseía una mayoría republicana). El partido republicano necesitaba una revancha a cualquier precio, y para ello iba a monopolizar todos los asuntos de comunismo, espionaje y de corrupción, para fines puramente electorales. La reacción de los demócratas fué doble: de un lado trataban de cubrir a sus viejos funcionarios; cuando el primer proceso Hiss, Truman declaró que se trataba de un "red herring" (11); por su parte, el secretario de Estado, Dean Acheson, afirmó que él no daría la espalda a uno de sus viejos amigos por el hecho de que se encontraba en dificultades. Esta reacción, por cierto digna de simpatía, no dura mucho tiempo; la corriente de opinión pública fué más fuerte y Truman, Acheson y Stevenson pagan aún el tributo de su fidelidad.

(10) En el curso de los últimos seis meses, Hiss ha pedido dos veces su libertad bajo palabra, conforme a una costumbre bien establecida en las penitenciarías americanas. Generalmente la liberación es casi automática. Pero le ha sido rechazada dos veces a Hiss por el ministro de justicia Brownell.

(11) Juego de palabras, sobre el doble sentido: es "un arenque ahumado rojo" y un modo de "desviar la atención".

Pero al mismo tiempo los demócratas quisieron sobrepasar a los republicanos en su propio plan. Se los acusaba de debilidad frente a los comunistas. Para mostrar lo contrario, iban a probar su celo haciendo arrestar a los once principales líderes del Partido Comunista americano, quienes, según las cifras del F.B.I., sólo contaban entonces unos cincuenta mil adherentes para un país de ciento sesenta millones de habitantes. La "caza de brujas" se convertía en una carrera de velocidad entre los dos partidos políticos yanquis.

### LOS PROCESOS CONTRA LOS COMUNISTAS

Una vez arrestados los once líderes, era preciso juzgarlos. Esto no era cosa fácil. Estados Unidos es una democracia y las democracias no prohíben la existencia de los partidos políticos. Los juristas del Ministerio de Justicia fueron encargados de encontrar una solución al problema. Desenterraron entonces de sus archivos una ley llamada "Smith Act", que prevenía la pena de cárcel para las personas que conspirasen para derribar al gobierno o buscasen cambiar por la fuerza la Constitución de Estados Unidos. Esta ley había sido promulgada en 1940 para luchar contra los miembros del "Bund", movimiento nazi americano... Poco importaba. Los términos eran suficientemente vagos, y se los podía emplear contra los marxistas.

Un largo proceso, abierto el 17 de enero de 1949, cerróse el 21 de octubre con la condena de los once inculcados a cinco años de prisión. La lista de acusados había sido establecida según una selección judicial. En ella sobresalían las figuras de Eugen Dennis, secretario general del Partido Comunista; John Gates, jefe de redacción del *Daily Worker*; Irving Potash, líder sindicalista del C.I.O. y —supremo refinamiento— Robert Thompson, el hombre honesto cuya ingenuidad había provocado su extravío entre las ovejas negras. Thompson, que era secretario general del Partido Comunista en New York, había recibido en efecto la *Distinguished Service Order*, la más alta distinción militar americana, por su valor en el Pacífico durante la guerra. La patria no fué ingrata; su pena fué reducida a tres años.

Desde el punto de vista jurídico, la operación fué atrevida. De todos modos, el asunto fué llevado a la Corte Suprema. Finalmente, la más alta instancia de los Estados Unidos, el 4 de junio de 1951 daba validez al juicio y confirmaba la aplicación del *Smith Act* en la persecución a los comunistas. Se había creado un nuevo antecedente. Si bien al Partido Comunista no le está prohibido actuar en Estados Unidos, en cambio toda actividad militante es pasible, según la jurisprudencia establecida en el cuadro del *Smith*

*Act*, a una pena de cinco años de prisión y de una multa de diez mil dólares.

Desde entonces, los procesos contra los dirigentes comunistas prosiguen conforme a un ritmo regular y a un precedente bien establecido. El Partido designó un nuevo equipo, el gobierno lo arrestó, lo envió a prisión por cinco años y así en adelante. En 1951, Williams Schneidermann, que había reemplazado a Dennis, es arrestado con otros trece dirigentes del Partido. Por supuesto están presos. En 1953, un nuevo equipo de veintitrés líderes (la mayoría negros) corrieron la misma suerte. Esto se produce en un plan federal, pues al escalonarse los juicios anticomunistas, los gobiernos locales organizaron ellos también estos tipos de procesos. En 1952, quince líderes de California y de Hawai son detenidos y condenados. Después le llega el turno a dieciocho dirigentes del *Middle West* y a ocho líderes de la región de Philadelphia, en 1953. En Pittsburgh, corazón de la industria siderúrgica y del mundo obrero yanqui, se cuadruplica la dosis. Steven Nelson, jefe del Partido Comunista de Pennsylvania es condenado a veinte años de prisión en 1952.

Según el ministro de Justicia, Brownell, el balance al 6 de octubre de 1953 es el siguiente: 98 líderes detenidos y condenados, 300 "desnaturalizados" y expulsados. Diez mil prontuarios de ciudadanos yanquis están siendo detenidamente estudiados por la F.B.I., quien espulga del mismo modo los antecedentes de doce mil extranjeros sospechosos. De donde habrá para entretejer durante varios años la crónica judicial.

### LA F.B.I. SIGUE LA PISTA

Mientras el Congreso y el gobierno trabajaban de este modo para sublevar la opinión pública, la F.B.I. continuaba desde 1946 buscando en los Estados Unidos las ramificaciones de la red de espionaje atómico descubierta en Canadá. Durante el verano de 1949, poco antes de la explosión de la primera bomba atómica rusa, se descubrió por simple casualidad que alguien, que no podía ser sino un sabio inglés, facilitaba informaciones importantes a Moscú. La F.B.I. pasó la información a Londres. El 2 de febrero de 1950, Scotland Yard arrestó a Klaus Fuchs, sabio atómico de origen alemán, quien entre 1943 a 1946 había pertenecido a la misión científica inglesa en los Estados Unidos. Fuchs había trabajado especialmente en los proyectos de la bomba de hidrógeno y conocía todos sus secretos. ¡La bomba H! Era exactamente lo que se necesitaba para apasionar a la opinión pública.

Klaus Fuchs, cuya familia se encontraba aún en Alemania oriental, y que había sido un antinazi de la primera hora (12), era el símbolo perfecto del drama de conciencia que se creaba en todos los sabios liberales llamados a trabajar sobre los problemas de la energía atómica. Como muchos de sus colegas ingleses y americanos, Fuchs creía en el advenimiento de la era atómica en el mundo entero, y no podía contentarse con poner sus conocimientos al servicio exclusivo de la fabricación de armas de guerra en provecho de un solo país. El fiscal inglés debía llamar a esto "un caso de esquizofrenia muy curiosa".

Los yanquis solicitaron a los ingleses la extradición de Fuchs a fin de juzgarlo con toda pompa en Estados Unidos. Pero una vez más, Gran Bretaña dió la prueba de que su modo de encarar estos problemas era fundamentalmente opuesta a la de EE. UU. Inglaterra rechazó el pedido de extradición. El 1º de marzo de 1950, el tribunal de "Old Bailey" condena a Fuchs al máximo de la pena prevista por violación de secretos del Estado: 14 años de prisión.

Los agentes del F.B.I. obtuvieron solamente el derecho de poder interrogar a Fuchs en la prisión. No se privaron de ello. El interrogatorio de Fuchs conduce a los policías yanquis sobre la pista de Harry Gold, que era su "contacto" en los Estados Unidos. Harry Gold, detenido el 24 de mayo de 1950, fué condenado en diciembre a cincuenta años de prisión. Gold, por su parte, entregó a David Greenglass. Detenido en junio de 1950, Greenglass se refiere a un misterioso "M. X.", jefe del servicio de espionaje soviético en Estados Unidos. Una vez más, el público yanqui podía seguir en la prensa sensacional las peripecias de una verdadera novela policial. Greenglass, que debía ser condenado a quince años de prisión, en abril de 1951, acusó a los Rosenberg: Ethel, su propia hermana, y Julius, su cuñado. ¿Por qué los tribunales yanquis se encarnizaron contra los Rosenberg hasta condenarlos a muerte, en vez de hacerlo con Geld, Greenglass o Morton Sobell? ¿Era preciso un castigo, ejemplar, como lo reclamaba el Pentágono? ¿O se quería castigar a aquellos que negaban enérgicamente su culpabilidad?

En la mayoría de estos casos —salvo el de los Rosenberg— hubo espionaje, o al menos comunicación de informaciones. ¿Pero en qué medida estas informaciones pudieron jugar un papel decisivo en el progreso de la ciencia soviética en materia atómica? Desde 1946, todos los sabios yanquis

(12) Los nazis destruyeron la familia de Fuchs tan sistemáticamente como pudo hacerlo una peste. Después que se suicidó su madre, encarcelaron al padre. Obligaron a exiliarse a su hermano mayor y a una hermana, otra de ellas fué perseguida hasta obligarla a arrojarse de un coche del subterráneo de Berlín.

prevenían al gobierno y al congreso que Rusia no tardaría en descubrir el medio de fabricar la bomba A. Los sabios recordaban que el informe Groves, publicado por EE. UU. en 1945, contenía todas las indicaciones teóricas necesarias para permitir a especialistas advertidos fabricar la bomba A. Pero oficialmente Estados Unidos no quería escuchar esta evidencia. Por un lado se había hecho creer al público yanqui la ilusión del "monopolio atómico" y se hizo necesario explicarle por qué no existía más. Por otra parte, se buscaba mantener la hostilidad anticomunista en la opinión pública. Tenía que haber traidores, y era preciso que pagaran por su traición y además, como si nadie se lo propusiese, estos traidores eran judíos.

## EL GRAN INQUISIDOR

Durante cinco años la opinión pública americana había sido sistemáticamente atemorizada, excitada, indignada. Después de los procesos de espionaje atómico, la persecución contra los dirigentes comunistas, el asunto Hiss, la inquisición recaía sobre las costumbres. Sólo le faltaba una etiqueta. El senador McCarthy se la iba a poner.

Por otra parte, todo, sucedió al azar. Un día de febrero de 1950, la secretaria del Comité Nacional del Partido Republicano buscaba un orador que quisiese hacer uso de la palabra en una cena organizada por una sección local del Partido, en Wheeling, en Virginia. Telefonó entonces al senador McCarthy quien aceptó y preguntó sobre qué tema debía hablar. La secretaria le respondió que el discurso debía tratar sobre el comunismo en el seno del gobierno de Truman. Particularmente, McCarthy nada conocía sobre este problema. Se dirigió a uno de sus amigos, corresponsal del *Chicago Tribune*, en Washington, a quien conocía como un experto en la materia.

Algunos días más tarde, el 9 de febrero de 1950, el senador McCarthy anunció a los militantes republicanos de Wheeling que guardaba en el bolsillo una lista de 140 funcionarios del Departamento de Estado inscriptos en el Partido Comunista. Prácticamente desconocido hasta entonces, McCarthy encontró al día siguiente y por primera vez en su vida pública, su nombre y su fotografía en la primera página de todos los diarios americanos. Nunca olvidó esta lección: su vocación ya estaba definida. Y de ella hizo una empresa: el McCarthyismo.

Por otra parte, los 140 sospechosos se redujeron inmediatamente en 81, después a 57. McCarthy no insiste si se le contradice. Lanza sus ataques un poco al azar. Hasta ahora nadie ha logrado hacerle sacar esa famosa lista

del bolsillo. Pero en cambio ha encontrado un "filón" que ha decidido explotar.

Hasta ese momento, nada tenía que llamase la atención de sus conciudadanos. Nació el 14 de noviembre de 1909 en Grand' Chute, ciudad de Wisconsin. Su padre, granjero irlandés y pobre, tenía siete hijos. A los catorce años, Joe debió interrumpir sus estudios y ganarse la vida como peón de granja, pero al cabo de dos años contrajo la tuberculosis y debió renunciar a los trabajos pesados. Se convierte en repartidor de almacén; después se empleó en una estación de servicio de automóviles. Al mismo tiempo prepara su ingreso en la Universidad Católica de Derecho de Marquette, y en un año aprobó los cursos que corresponden a cuatro años de estudios.

McCarthy cuenta entonces veinte años y estamos en 1929; Estados Unidos atraviesa la crisis económica más trágica de la historia del capitalismo. McCarthy debe pelear contra la enorme máquina social y económica americana, y ello en las condiciones más desfavorables, puesto que es pobre y pertenece a la minoría irlandesa. Es una lucha a muerte en la que McCarthy aprende a comportarse como un matón. A lo largo de su carrera conservó los mismos reflejos y las mismas simpatías que cuando su juventud. Si bien odia a los judíos (13), también sabe estimar a aquéllos, que como él, han logrado forzar la mala suerte. Es seguramente este sentimiento de solidaridad que le ha hecho elegir por acólitos a David Schine y a Roy Cohn, dos matoncitos de menos de treinta años surgidos del arrabal de Brooklyn a fuerza de puñetazos y cuyos rostros los llevan impresos en las caras. Tampoco es un hecho casual que McCarthy sea apoyado en los Estados Unidos por los "arrivistas". Muchos yanquis aprecian las tareas que ejecuta por sus admiradores fanáticos, aquellos que le ofrecen varios Cadillac en el día de su boda o que subvencionan sus programas de televisión, son los nuevos ricos de Texas que no tardaron en reconocer en él a un miembro de la misma familia.

McCarthy no tiene piedad por los débiles, pero no duda en atacar a los más fuertes que él. Todos los medios los encuentra buenos para esta lucha. No tiene escrúpulos con tal de llegar al objetivo fijado. Un día declaró: *"Algunos pretenden que no hay más comunistas en el seno del gobierno. Sólo les pido creerme bajo mi palabra de honor. Tengo en mis manos un sumario preparado por siete abogados del Ministerio de Justicia y he aquí la conclusión a que llegan: se han fabricado pasaportes fraudulentos para*

(13) En América —declaró un día— algunos grupos han hecho del placer y del lujo exterior el solo objeto de su existencia... Ellos forman el residuo de nuestra sociedad. En esta categoría entran los judíos, los negros y los homosexuales.

enviar a los miembros del Partido Comunista americano al extranjero. Estos pasaportes tuvieron que ser facilitados por los comunistas del Departamento de Estado". El Departamento de Estado necesitó veinticuatro horas para encontrar la fuente de esta información: realmente en el Ministerio de Justicia había un sumario sobre este "affaire", pero esto se remontaba a 1928... No importaba: todos los diarios americanos dieron una publicidad sensacional a la declaración de McCarthy y no consagraron sino escasas líneas en la última página al desmentido del gobierno.

McCarthy tuvo audacia, resolución y un gran sentido de la oportunidad. Atacó a Acheson, a Marshall y a Truman. No temió nada ni a nadie. Si uno de sus ataques caía en el vacío, lo repetía en otra dirección. Si es atacado, entonces responde con un contraataque aun más violento y más espectacular. Es un excelente jugador de póker cuando tiene juego y cuando hace bluff, que responde siempre doblando la apuesta.

Esto lo muestra desde el comienzo de su carrera. Sólo permanece cuatro años como abogado en Madison, capital administrativa de Wisconsin, donde estaba asociado a una firma israelita "Eberlein y McCarthy". En 1939, cuando apenas cuenta treinta años, logra hacerse elegir juez en la Corte de Apelaciones de Wisconsin. Hace la guerra en la marina; pasa a la aviación naval y se comporta valientemente. Después de pasar tres años en el Pacífico, es desmovilizado en 1945 como capitán. Vuelve a su puesto de juez, pero esto no le parece suficiente para su ambición y se siente apresurado, pues la guerra le ha hecho perder cuatro años. Desde 1946 lucha para entrar en el Senado. Una ley prohíbe específicamente a los jueces hacer política durante el ejercicio de sus mandatos, pero McCarthy no es hombre de detenerse en tales minucias. Durante la campaña electoral, acuerda divorcios relámpagos a las personalidades del Estado que subvencionan su candidatura. El foro de Wisconsin pronuncia un voto de censura contra él. Demasiado tarde: McCarthy acaba de ser electo y ha hecho sus valijas para ir a Washington, donde llega como senador a la edad de treinta y seis años.

Es entonces un hombre de un metro ochenta, de tez biliosa. Tiene el cabello muy negro, pero un comienzo de calvicie despeja su frente. Es algo pesado. Su rostro no tiene expresión y sus ojos negros son opacos. En pocas palabras: nada en su físico es inquietante, ni tampoco imponente. Más tarde, acentuará aún el aspecto campechano de su personaje y cumplirá con mucho gusto el papel de "Good fellow", el "buen hombre" americano, y lo hará con notable éxito. Sus amigos lo describen como un verdadero irlandés, un poco parlanchín y jovial, pero tan generoso... Y como todo buen yanqui, tiene una úlcera en el estómago, de la que se hizo operar en 1952.

El discurso de Wheeling fué una revelación tanto para él como para América. De un solo golpe conquistó la notoriedad y desde entonces nunca perdió la ocasión de apuntalarla empleando siempre el mismo procedimiento: el ataque.

Todos aquellos que pretenderán atravesarse en su camino serán aplastados. El senador demócrata Tydings fué el primero en dirigirse contra él. McCarthy prometió derribarlo y empujó a uno de sus amigos, John Butler, a presentarse contra Tydings. Durante la campaña reparte millones de copias de una foto donde se ve a Tydings estrechando la mano de Earl Browder, antiguo secretario general del Partido Comunista. Tydings es derrotado y triunfa Butler. Un año después el *Washington Post* descubre que se trata de un montaje de fotos totalmente fraudulento. McCarthy se limita a encogerse de hombros y a responder: "¡Ah! Seguramente engañaron mi buena fe..."

Enseguida la llega el turno al senador Benton otro demócrata, quien pide la constitución de una comisión bipartita de investigación de las actividades "privadas" de McCarthy. Este replicó procesando a Benton por difamación, reclamándole dos millones de dólares de indemnización con costas e intereses. El proceso fué público, mientras que los trabajos de la comisión —finalmente creada— fueron secretos. Después de superar miles de dificultades, esta comisión establece un prontuario de 400 páginas, que en otra época y para otro individuo, hubiese significado una condena sin apelación posible. La comisión se sorprende de que en el curso de los últimos cuatro años la cuenta bancaria de McCarthy haya pasado de unos pocos dólares a 176.623 dólares, siendo que su dieta de senador no representaba sino 60.000 dólares para ese período. La comisión se pregunta por qué McCarthy ha recibido 20.000 dólares de la *Pepsi Cola*, poco tiempo antes de que el Congreso promulgase una ley controlando la venta del azúcar. También se descubre que McCarthy ha recibido 10.000 dólares de la sociedad *Lustron*, y que compró a bajo precio las acciones de la *Seaboard Cy.*, empresa que no tardó en ser subvencionada por el gobierno. McCarthy volvería a vender las acciones un año más tarde con un beneficio neto de 35.000 dólares. Por intermedio de un amigo chino (lo que señala las relaciones estrechas que existen entre el senador y la todopoderosa organización del *lobby* chino), McCarthy ha hecho comprar 30.000 celemines de granos de soja, para revenderlos con una ganancia de 17.000 dólares. El sumario concluía calificando a algunas retribuciones percibidas por McCarthy como "altamente malsanas" y que algunas de sus operaciones financieras eran "tortuosas".

Desgraciadamente este prontuario fué entregado el 2 de enero de 1953. A todo esto McCarthy se había mostrado al lado de Eisenhower durante la

campana electoral, el Partido Republicano había logrado una victoria rotunda y el senador Benton fué derrotado. El sumario fué inmediatamente olvidado por el nuevo presidente de la comisión investigadora, que ahora era amigo de McCarthy. Desde entonces muy pocos parlamentarios se atreven a enfrentarse abiertamente con McCarthy.

Tal es el McCarthy que sólo los iniciados conocen; al público yanqui le ofrecen un aspecto completamente diferente. Comediante nato, delante de las cámaras de la televisión interpreta un personaje hábilmente compuesto a la imagen de "*mister Smith en el Senado*", un provinciano un poco cándido, que por su misma ingenuidad un día hace explotar los escándalos de la capital a la luz del día. Para perfeccionar este retrato, cuidadosamente construido (y seguramente para cortar con algunos rumores), McCarthy se ha casado recientemente, y como en las novelas edificantes, lo ha hecho con su secretaria.

McCarthy conduce los debates de su comisión con una untuosidad eclesiástica, simulando ser indulgente, e interviniendo inclusive para ayudar a los acusados cuando sus ayudantes se encarnizan contra ellos en forma demasiado evidente. No se deja jamás dominar por la cólera, salvo cuando nombra la palabra comunista, y aun entonces esa cólera dura tan poco que bien se ve es ficticia. Cuida las inflexiones de su voz —ha tomado lecciones de dicción— y siempre mira a hurtadillas las cámaras de la televisión que retransmiten en cadena, por toda América, el más grande espectáculo gratuito de todo el año.

# Epístola a los Surrealistas

por OSIRIS TROIANI

Amigo Aldo Pellegrini :

Apuesto a que colaboradores y lectores de *LETRA Y LINEA* se han sentido incómodos ante esa notita insustancial con que Latorre, en el número 3, sepultó bajo su desprecio a toda la literatura italiana (y de paso a la española). El desenfado me parece bien (aunque allí no veo la gracia traviesa que es su tono natural, sino la perorata de un señor que se toma en demasiado en serio). Pero no confundamos el desenfado con la ignorancia temeraria y la estrechez de espíritu. Alguien tenía que señalarle a la simpática hueste que usted anima el peligro de que su combatividad se degrade en el mero ejercicio del pasquinismo literario; como esa inepticia trivial me ha dolido (no por la literatura italiana sino por *LETRA Y LINEA*) ese alignment seré yo.

Latorre imagina a los italianos de hoy "nutridos por el esteticismo de Croce, la grandilocuencia (sic) y el decadentismo de D'Annunzio". No podía yo suponer en nuestro vehemente amigo tamaña afición al lugar común. Sólo a un presuroso gacetillero de 5ª edición podía ocurrírsele caracterizar la moderna literatura italiana con esos dos nombres que forman parte de la erudición de mi peluquero. En Italia han pasado ya por las tres fases póstumas de la gloria literaria: aversión (excesiva) de las nuevas generaciones; olvido (primero voluntario y después sinceramente indiferente); inserción objetiva en la historia de la literatura. Ya ni siquiera se reacciona contra esos nombres, que son nombres de calles y plazas. Las letras italianas de hoy se han rebelado contra Ungaretti y Moravia, que ya habían arreglado sus cuentas con Croce y D'Annunzio cuando nosotros nacimos. Las grandes sombras que estorban hoy a los jóvenes se llaman, en filosofía, Carabellse, Varisco, Banfi, Calogero; poetas como Luzi, Montale, Gatto, Penna; críticos como Serra, Cecchi, Apolonio, Bo. Que conocieron el surrealismo en su fase activa y no, como Latorre, el que hoy se sobreviene penosamente.

Y aquí hemos llegado al punto donde usted y yo, Pellegrini, debíamos explicarnos cordialmente, lejos de los cachorros de tigre que usted ha criado y que ahora, ¿no es cierto?, le intimidan un poco, no vayan a acusarle de herejía, de blasfemar contra el dogma surrealista. Nada más desgarrador que el asombrado silencio de los jóvenes a quienes hemos re-

velado una verdad nueva y ardiente, cuando descubren que esa verdad no nos interesaba sino como medio de interesarlos. No era insinceridad, era un malentendido: ellos buscaban una certeza en nuestro saber y nosotros en su entusiasmo.

Forman ustedes un grupo iconoclasta que, en este clima de repugnante conformismo, tardaba demasiado en manifestarse. Otro tanto hizo el movimiento Martín Fierro, pero aquellos muchachos tenían el don del gracejo, y así su ironía era saludable e intempestiva, como el ozono que purifica la atmósfera después de la tormenta. Quite usted el ingenio, tendrá la ironía forzada, malévola, y podrá leer en ella toda una gama de feas pasiones (no he dicho perversas, sino algo peor: inelegantes). Por lo demás, no puedo comprender que ustedes se interesen tanto por arruinar la reputación de Bernárdez, Molinari, González Lanuza, Wilcock, Silvina Ocampo, Julio Payró. Esas gentes aún explotan su modesta gloriola literaria, pero sólo entre unos cuantos papanatas, y ustedes no escriben para ellos, se supone. ¿Le parece a usted realmente una hazaña hendir puertas abiertas?

La guerrilla en que se regodea *LETRA Y LINEA* es faena secundaria, y debería ser ingrata. La función de la crítica, ya se sabe, consiste en discernir, valores, ayudar al artista a tomar conciencia de sí mismo, como he visto en el leal artículo de Molina sobre Guibert. Pero Molina, en ese caso, era infiel (enhorabuena) a la mentalidad que podríamos llamar "a partir de cero". Yo no creo que sólo la que hace tabla rasa con toda la cultura precedente merezca el nombre de nueva generación, o de vanguardia literaria. A mí me gustan los jóvenes que empiezan por sentirse responsables del patrimonio literario de su patria, o de su lengua. (Perdamos el horror a las palabras, que es un prejuicio estúpido, y hablemos como hablaban los hombres que buscaban la grandeza en sí mismos en vez de ridiculizarla en los demás). Me gustan los jóvenes que dicen: amo la gloria, la mía si ustedes quieren, pero no puedo evitar que mi gloria sea también la de los míos; aspiro a que un día viva en mis nietos algo más que mi sangre, pero yo también he recibido una herencia; todo lo bello y fuerte y noble que se ha hecho (o se hace) en este país, es mío; yo lo amo, lo defiando, lo enriquezco.

Ustedes le han tomado el pelo a Rojas. Convenido, don Ricardo es un personaje anacrónico, no se distingue por una fina sensibilidad ni por el "voltaje" de su espíritu. Pero ha hecho en la Argentina la obra de varias generaciones, como en España la escuela de Menéndez Pidal. Aquí no tenemos una "escuela", sólo tenemos a este hombre de ideas confusas y de triunfante energía. ¿Por qué le niegan ustedes el placer senil de un Premio

Nobel, si el Premio Nobel no significa nada sino para el que lo recibe? Cuando uno de ustedes habló de su "incaficable" Historia, me convencí de que no la había leído.

¿Cómo van a hacer ustedes algo vivo, perdurable, cargado de calor y de temblor, si sólo piensan en su tertulia de café? ¿Cómo van a incorporarse a una comunidad histórica, a derramarse en su sistema circulatorio, si no empiezan por descifrar —y por quebrantar, desde luego— las tablas de valores de su comunidad y de su tiempo? El concepto de nueva generación debe entenderse en un sentido funcional: eso lo comprende hasta Guillermo de Torre a pesar de sus prolijas y enfadosas digresiones sobre el tema. Una nueva generación es el eco de un nuevo consenso y, a su vez, rehace la historia literaria. Los surrealistas franceses, en su insurrección contra toda una literatura en la que veían la amable máscara de una sociedad horrorosa, resucitaban a Lautréamont, buscaban en el macabro O'Neddy, en el opiómano Rabbe, en Borel el licántropo las voces amigas que respondiesen a su desborde vital y a su desesperación. A partir de cero no se va a ninguna parte, se queda uno en cero.

No pretendo que Brasó, para hacer una crítica eficiente del hermoso libro de Guibert, no tuviera otro medio que escribir un libro mejor; podía también, aunque la maleza le estorbara el paso, meterse en ella, dejarla a sus espaldas e ir en busca del corazón del poema. Sartre se inclina con fervor sobre la obra de Giacometti, de Césaire, y escribe la más voluminosa de sus obras para sacar de la oscuridad a Gênet; su fervor encendido hace más bella, más comunicativa su prosa; la generosidad, la nobleza, si tibias, extravían el juicio; si exaltadas, lo iluminan, son virtudes esencialmente críticas. Si usted me permite, Pellegrini, lo mejor que ha publicado su revista (aparte los poemas de Gironde, muestra prepotente de capacidad inventiva y de voluntad poética) ha sido el sencillo artículo de Vanasco sobre Arlt, porque concedía talento y autenticidad a un réprobo (todo aquel a quien le importan un comino el surrealismo y el arte abstracto es un réprobo) y porque hablaba bien de un mal escritor. Me explicaré: había centenares de frases huecas, pueriles, y decenas de páginas incongruentes, para demostrar que Arlt padecía una incultura casi salvaje y tenía un caos en la cabeza. Hubiera sido más fácil poner en ridículo a Roberto Arlt que a César Rosales. Pero Vanasco desdenó la oportunidad de probar su agudeza a expensas del prójimo: proclamó —y eso es lo esencial— que su instinto narrativo era una fuerza natural, un torrente, y que fue sí no el único novelista argentino, el único que no vino de la burguesía, por lo que supo ver la vida a lo ancho, sin las limitaciones de la óptica de clase, y por menos convencional más bella.

¡Cuánto mal hacen las revistas literarias, Pellegrini! (No a los pocos que las leen sino a los muchos que las escriben). Cultivan una literatura de entrenamiento. Crean una vecindad propicia entre el lector y el autor, pero con la condición de que éste se resigna al menor esfuerzo, a la ligereza, a la frivolidad. Imprimen a los colaboradores el sello de "la casa". La personalidad que cada autor cobra en la revista se sobrepone, domina a la suya propia. Obligan a hacer política literaria. Degeneran en asociaciones de bombo mutuo. Y así salen los Ernesto Sábato. A veces, la madera es buena: Murena, por ejemplo, que no pertenecía a la secta de los Solennes ni a la de los Delicados. Su sinceridad vibrante y descomedida, las resonancias catilinarías de su seudónimo importaban un desafío. ¿Cómo harían para neutralizarlo? El hecho mismo de que ambas sectas le acogieran con los brazos abiertos le despojaba de lo más valioso que todos tenemos: el derecho a ser odiado por quienes uno odia. (Shaw, durante un siglo, le dijo al burgués provocativamente, mirándole a los ojos: Eres una carroña. Pero el burgués se levantó de su asiento y gritó: ¡Qué bueno! G.B.S. tiene razón. ¡Muera la burguesía! Contra esta jugarreta no hay defensa, mi viejo amigo). Un día Murena descubrió América, todos lo celebraron, ya no habla de otra cosa y ha venido a ser inocuo.

Pero volvamos al surrealismo.

La poesía y la crítica que ustedes proponen, la música y la pintura que les gusta son las de la primera posguerra. Mira uno la fecha de los cuadros y siempre es 1915, 1919, 1924. Tengo la impresión de entrar en una de esas salas antiguas con los sillones hundidos y con una claraboya que difunde su tristeza. Todo eso está muerto, irremediadamente muerto, y pertenece al buen tiempo viejo; el de Cocteau, el de Satie, el del *Bateau-Lavoir*; cuando Francia aún prestaba dinero (por entonces, esperaba cobrar los empréstitos rusos) y cuando las rentas de la burguesía alcanzaban para la dote de la chía y las extravagancias del hijo varón. Era la época de las "conversiones": se convertía uno al catolicismo, al comunismo, a la pederastia (o todo a la vez).

¿Valdrá la pena referir una vez más la historia de esa carrera hacia la libertad desenfrenada, que no tardó, como es natural, en tener su dogma, sus concilios, sus herejías, sus luchas a mano armada? Todos los que hoy significan algo en las letras francesas tienen un origen surrealista. Todos, fieles al espíritu del movimiento, han seguido transformándose, vivido distintas aventuras, abandonado los excesos que suscitaba la polémica misma, elaborado su propio lenguaje, a veces de una pureza y desnudez franciscanas (como el de Eluard). Todos, menos uno: Mientras aquellos ahondaban

en su Lautréamont y en la poesía viva del pasado, y se entregaban a la necesaria ilusión de transformar el mundo que Rimbaud compartía con Marx, uno, prisionero de su papel de pontífice implacable, siguió proponiéndose a la admiración de los árabes y sudamericanos que visitaban París. Lo que había en el surrealismo de gozosa mistificación (y éste es un elemento precioso en el arte, pero amalgamado con otros de más recónditas virtudes) se polarizó en Breton; lo que en él había de *diletante* (reivindicuemos el noble epíteto con que se designa a todo espíritu abierto a lo nuevo) se enquistó en una mentalidad de militante, en una frecuente psicología de faccioso autoritario. Él, que se quedó en la taberna donde el grupo juvenil había estado de paso para echar un trago, es ahora el dueño del negocio, está detrás del mostrador, se dedica sobre todo a la exportación de pretendidos alcaloides; y desde ese puesto mezquino y confortable persigue con sus sarcasmos y con su odio tenaz a los que se embarcaron. Breton no es surrealista: ha petrificado el surrealismo. Su incompetencia filosófica (nunca he comprendido por qué desdeña Sartre, por ejemplo, dispararle el tiro de gracia) su psicoanálisis mal digerido, su fondo de anarquismo vulgar y su típico resentimiento intelectual, le condenaban a vivir de su pasado, a mantenerse en una actitud extremista que sólo acompaña a la irresponsabilidad.

Y he aquí que treinta años después, en una ciudad con un horrible obelisco y unos cementerios sin nobleza alguna, aparece un surrealismo a des-tiempo. Y es el surrealismo de Breton. ¿Dónde está el buen tiempo de la vida barata y las esperanzas fáciles, dónde los soldados vuelven del frente con ganas de cobrarse su cuenta pero se distraen en la bacanal que paga el *profiteur*, dónde la industria del libro que imprima plaquetas de lujo para exportarlas con potiches y bibelots? Ahora y aquí hacemos una revolución industrial (demorada, tímida); los sindicatos están con ganas de transformarse en Estado; comemos, vestimos, viajamos y habitamos mal (pero comemos todos); y como nuestra patria es chica para tener una política mundial y a nosotros nos repugna la política pequeña, hemos recordado que tenemos otra patria mayor, la de todos los que hablan nuestra lengua, y vamos a rehacerla con el trabajo de varias generaciones. En medio de esta vida rica, fecunda, ambiciosa, ¡qué anacrónica y qué exótica es una literatura que se veda los grandes temas de la filosofía, la política, la religión (el existencialismo, el marxismo, el catolicismo han sabido, en cambio, identificarse con la hora presente), una literatura que desprecia los clásicos e ignora el mundo moderno!

El vanguardismo por principio es un nuevo academicismo: importa una heata inactualidad y la suspensión del espíritu crítico. No puede uno declarar que tal artículo de Kandinsky es de una desoladora inanidad, que

Picabia era un *bon viveur* y nada más. Hay que jurar que Mondrian nunca ha dicho una estupidez y reunir los catálogos de las exposiciones que se hicieron en Budapest o La Haya en 1920. El surrealismo argentino, para colmo, rinde tributo a los consagrados cuando son extranjeros y aquí se muestra intratable, es oficialista en Europa y aquí opositor. Nos ayuda a librarnos de la literatura de tema único que se practicaba hasta ahora, esa vulgaridad trasnochada del individualismo, del apartamiento melancólico y despectivo, pero no cae en la cuenta de que está haciendo la poesía dominical de 1960. Acepta a Char sin comprender que es un clásico, y exonera a Césaire porque no accede a disociar en sí el poeta del político. Retarda la hora en que descubriremos a Tardieu, Guillevic, Audiberti, porque han enriquecido la estética surrealista. Ejecuta sumariamente a libros, autores y países enteros, porque piensa que todo lo que no es surrealista es detestable (criterio faccioso que le ha transmitido Breton, en quien se da, insisto, la paradoja ridícula de una ideología de *diletante* en una psicología de militante, seca e imperativa). Y no se le ocurre pensar que su juicio sobre la nueva literatura italiana, conocida a través del número especial de una revista, es tan aventurado como el de los surrealistas italianos que escribieran sobre nuestra poesía sin conocer a Latorre, Svanascini o Vasco.

Querido Pellegrini: nuestras charlas de café, siempre gratas, no siempre permiten ser sinceros; la perfecta comunicación se resiste al lenguaje sumario, tosco y brutal de todos los días. Bástele con saber que mi amistad por usted, por los muchachos de *LETRA Y LINEA*, ella sí es sincera. Usted no estará de acuerdo conmigo, pero excusará mi vehemencia. Tengo mis razones: es preciso destruir el provincialismo de nuestra literatura, la poesía bonita, el mero lujo verbal. Estamos maduros para esa obra. Va a inaugurarse la gran poesía, que busca sus temas en la conciencia, en la vida moral del individuo, que cavila y se debate entre el bien y el mal, que azota a los fariseos en paz consigo mismos, que no consuela sino que atormenta. Ese tormento es necesario y es precioso: aquellos a quienes toque no se sumarán al abyecto hedonismo de masas que degrada a nuestra civilización y que, desde el norte cretinizado y frenético, amenaza también a nuestro país. Ya lo ve usted, nos hace falta no sólo una revolución en nuestra poesía, sino también una Poesía y una Revolución. Aunque las dos palabras apreadas constituyen una redundancia: una y otra nos proyectan hacia una vida más bella. Y una revolución se hace con todos, aun con aquellos que, separados de nosotros por una cortina de malentendidos y ofuscaciones, convienen en que es necesario hacerla, y que vale la pena.

Hasta siempre.

O. T.

# A LA SOLEDAD

por PABLO NERUDA

*Este poema pertenece a su libro en preparación  
ODAS ELEMENTALES, que seguirá a LAS UVAS  
Y EL VIENTO, recientemente publicada en Santiago  
de Chile.*

Oh Soledad, hermosa  
palabra, hierbas  
silvestres  
brotan entre tus sílabas.  
Pero eres sólo pálida  
palabra, oro  
falso,  
moneda traidora!

Yo describí la soledad con letras  
de la literatura,  
le puse la corbata  
sacada de los libros  
la camisa  
del sueño,  
pero  
sólo la conocí cuando fui solo.  
Bestia no vi ninguna  
como aquella:  
a la araña peluda  
se parece  
y a la mosca

de los estercoleros,  
pero en sus patas de camello tiene  
ventosas de serpiente submarina,  
tiene una pestilencia de bodega  
en donde se pudrieron por los siglos  
pardos cueros de focas y ratones.  
Soledad yo no quiero  
que sigas  
mintiendo por la boca de los libros.  
Llega el joven poeta tenebroso  
y para seducir  
así a la soñolienta señorita  
se busca mármol negro y te levanta  
una pequeña estatua  
que olvidará  
en la mañana de su matrimonio.

Pero  
a media luz de la primera vida  
de niños la encontramos  
y la creemos una diosa negra  
traída de las islas,  
jugamos con su torso y le ofrendamos  
la reverencia pura de la infancia.  
No es verdad  
la soledad creadora.  
No está sola  
la semilla en la tierra.  
Multitudes de gérmenes mantienen  
el profundo concierto de las vidas

y el agua es sólo madre transparente  
de un invisible coro sumergido.

Soledad de la tierra  
es el desierto. Y estéril  
es como él  
la soledad  
del hombre. Las mismas  
horas, noches y días,  
toda la tierra envuelven  
con su manto  
pero no dejan nada en el desierto.  
La soledad no recibe semillas.

No es sólo su belleza  
el barco en el océano:  
su vuelo de paloma sobre el agua  
es el producto  
de una maravillosa compañía  
de fuego y fogoneros,  
de estrella y navegantes,  
de brazos y banderas congregados,  
de comunes amores y destinos.

La música  
buscó para expresarse  
la firmeza coral del oratorio  
y escrita fué  
no sólo por un hombre

sino por una línea  
de ascendientes sonoros.

Y esta palabra  
que aquí dejo en la rama suspendida,  
esta canción que busca  
ninguna soledad sino tu boca  
para que la repitas  
la escribas al aire junto a mí, las vidas  
que antes que yo vivieron,  
y tú que lees mi oda  
contra tu soledad la has dirigido  
y así tus propias manos la escribieron,  
sin conocerme, con las manos mías.

Isla Negra, noviembre 8 de 1953.

# MURO ANTARTICO

por CESAR VALLEJO

César Vallejo murió el 15 de abril de 1938. A diez y seis años de su muerte, la revalorización de su obra figura en todas las agendas literarias, aureolada por las excepcionales características que su poética acuerda a las letras americanas.

Menos conocida es su obra en prosa y absolutamente inéditas son sus dos piezas para teatro, "Colacho Hermanos" y "La Piedra Cansada", que temblorosos y afortunados visitantes tuvieron ocasión de husmear de manos de aquella su compañera Georgette, actualmente en Lima.

La madrileña editorial Ulises reunió con el título de "Rusia en 1931" (Reflexiones al Pie del Kremlin) las impresiones recogidas por Vallejo luego de sus dos viajes a la Unión Soviética realizados "por su cuenta" y, como lo aclara un prólogo servicial, "con ninguna representación de grupo ni de entidad política". Volumen de difícil obtención, agrupa 266 páginas de un Vallejo absorto e ilusionado.

El resto de su obra en prosa continúa disperso y es casi igualmente desconocido. En 1948, la clausurada editorial limeña Hora del Hombre reeditó en un solo tomo titulado NOVELAS, las inconseguibles "Tungsteno" (Edit. Cenit, Madrid, 1931), "Faba Salvaje" y "Escalas Melografiadas".

Al no desdeñable antecedente de tratar por vez primera el tema de la explotación en América, une "Tungsteno" el de proseguir, en orden cronológico, la vía abierta en 1924 por José Eustasio Rivera. Sus méritos literarios son relativos y en realidad inferiores a su novela corta "Faba Salvaje", de anterior data, que historia la locura y suicidio de un indio obsesionado por los celos.

En 1923, una asonada de ribetes operísticos en un pueblo de la sierra circunstancialmente visitado por Vallejo, da pretexto a la policía para recluirlle durante algunos meses en Trujillo. Pesan sobre él los tremendos cargos de "incendio, asalto, homicidio frustrado, robo y asonada". Fruto de esa

ridícula prisión son las "Escalas Melografiadas", cuyo contenido, dividido en dos partes encabezadas respectivamente por los títulos Cuneiformes y Coro de Vientos, es una prolongación in extenso de la poesía de Vallejo. En él pueden apreciarse cabalmente los ingredientes típicos de su creación: los repentinos contrastes entre lo real y lo criptico, la graficidad de sus imágenes y su inagotable riqueza descriptiva, a favor de inesperados giros y rebuscamientos idiomáticos que, sin pretexto de buscada originalidad logran alta jerarquía funcional; la arbitraria mescolanza de arcaísmos, peruanismos y neologismos, amén de la erudita mención de flora y fauna peruanas como elementos decorativos del relato; y ese "ciertamente mucho de viejo romanticismo y decadenismo hasta TRILCE" señalado por Mariátegui, que un proceso de maduración e inspiración refinaria y transmutaria en la más alta expresión de la poesía americana.

A esta etapa de su vida y de su creación, a ese libro, pertenece el texto que publicamos.

G. S.

El deseo nos imanta.

Ella, a mi lado, en la alcoba, carga y carga el circuito misterioso de mil en mil voltios por segundo. Hay una gota imponderable que corre y se encrespa y arde en todos mis vasos, pugnando por salir; que no está en ninguna parte y vibra, canta, llora y muge en mis cinco sentidos y en mi corazón; y que, por fin, afluye, como corriente eléctrica, a las puntas...

De pronto me incorpоро, salto sobre la mujer tumbada, que me franquea dulcemente su calurosa acogida, y luego... una gota tibia que resbala por mi carne, me separa de mi hermana que se queda en el ambiente del sueño del cual despierto sobresaltado.

Sofocado, confundido, toriondas las sienas, agudamente el corazón me duele.

Dos... Tres... Cuaaaaaatroooooo!... Sólo las irritadas voces de los centinelas llegan hasta la tumbal oscuridad del calabozo. Poco después, el reloj de la catedral da las dos de la madrugada.

¿Por qué con mi hermana? ¿Por qué con ella, que a esta hora estará seguramente durmiendo en apacible e inocente sosiego? ¿Por qué, pues, precisamente con ella?

Me revuelvo en el lecho. Rebullen en la sombra perspectivas extrañas, borrosos fantasmas; oigo que empieza a llover.

¿Por qué con mi hermana? Creo que tengo fiebre. Sufro.

Ahora oigo mi propia respiración que choca, sube y baja rasguñando la almohada. ¿Es mi respiración? Un aliento cartilaginoso de invisible moribundo parece mezclarse a mi aliento, descolgándose acaso de un sistema pulmonar de Soles y trasegándose luego sudoroso en las primeras porosidades de la tierra... ¿Y aquel anciano que de súbito deja de clamar? ¿Qué va a hacer? ¡Ah! Dirígete hacia un franciscano joven que se yergue, hincadas las rodillas imperiales en el fondo de un crepúsculo, como a los pies de ruinoso altar mayor; va a él, y arranca con airado ademán el manto de amplio corte cardenalicio que vestía el sacerdote... Vuelvo la cara. ¡Ah, inmenso palpitante cono de sombra, en cuyo lejano vértice nebuloso resplandece, último lindero, una mujer desnuda en carne viva!...

¡Oh mujer! Deja que nos amemos a toda totalidad. Deja que nos abracemos en todos los crisoles. Deja que nos lavemos en todas las tempestades. Deja que nos unamos en alma y cuerpo. Deja que nos amemos absolutamente, a toda muerte.

¡Oh carne de mis carnes y hueso de mis huesos! ¿Te acuerdas de aquellos deseos en botón, de aquellas ansias vendadas de nuestros ocho años? Acuérdate de aquella mañana vernal, de sol y salvaje de sierra, cuando, habiendo jugado tanto la noche anterior, y quedándonos dormidos los dos en un mismo lecho, despertamos abrazados, y, luego de advertirnos a solas, nos dimos un beso desnudo en todo el cogollo de nuestros labios vírgenes; acuérdate que allí nuestras carnes atrajéronse, restregándose duramente y a ciegas; y acuérdate también que ambos seguimos después siendo buenos y puros con pureza intangible de animales...

Uno mismo al cabo de nuestra partida; uno mismo el acuador albino de nuestra travesía, tú adelante, yo más tarde. Ambos nos hemos querido ¿no recuerdas? cuando aun el minuto no se había hecho vida para nosotros; ambos luego en el mundo hemos venido a reconocernos como dos amantes después de oscura ausencia.

¡Oh Soberana! Lava tus pupilas verdaderas del polvo de los recodos del camino que las cubre y, cegándolas, tergiversa tus sesgos substanciales. Y sube arriba, más arriba todavía! Sé toda la mujer, toda la cuerda! ¡Oh carne de mi carne y hueso de mis huesos!... ¡Oh hermana mía, esposa mía, madre mía!...

Y me suelto a llorar hasta el alba.

—Buenos días, señor alcalde...

## BREVE HISTORIA DE PORTINARI

por OSORIO CESAR

El Museo de Arte de São Paulo expone telas y dibujos de Portinari. Esta muestra que representa trabajos antiguos y recientes del maestro de la pintura brasileña, forma parte de los festejos consagrados al IV Centenario de la Ciudad de São Paulo.

Cándido Portinari, hijo de colonos italianos, nació en 1903 en la fazenda Santa Rosa, en Brodosky, pueblo del estado de São Paulo. Criado en este villorio, sólo tuvo instrucción primaria. Hijó de trabajadores rurales, se desarrolló entre los colonos en el duro trabajo de los cafetales de la tierra bermeja. Niñez pobre y traviesa, pero llena de afectos en el medio familiar y de simpatía por la gente ruda de la tierra. De ese ingenuo contacto le quedaron grabadas para siempre las imágenes infantiles de las plantaciones, la rudeza de las faenas rurales y el paisaje de la tierra "bandeirante", presente en los temas de sus mejores obras.

De muy niño a Portinari le gustó garabatear en las paredes y su vocación despertó el día en que llegó a Brodosky un pintor con el encargo de decorar la matriz católica local. El pequeño Portinari dedicó todo el día en observar al artista en sus mínimos detalles y terminó por ser su ayudante. Contaba entonces 14 años de edad, y comenzó en esta forma su carrera artística. En 1918 embarcó para Río de Janeiro, en situación económica muy precaria. Luchó desesperadamente para superar en ese medio completamente hostil su constitución de niño tímido. Su primera prueba constituyó un fracaso: es reprobado al inscribirse en un concurso para frecuentar la clase de modelo vivó en la Escuela Nacional de Bellas Artes. No se desanima por eso. Una nueva tentativa y esta vez consigue trabajar en la clase de dibujo figurado hasta 1921. Entonces fué animado por su profesor Lucilio de Albuquerque. La vida en Río de Janeiro es dura y el joven estudiante era pobre. Para ganar el pan de cada día afrontó una serie de modestas profesiones, inclusive la de mozo de café. Con 18 años de edad se somete a un nuevo concurso para el curso de pintura y es aprobado. Ahora tiene como maestro a Rodolfo Amoedo, del cual obtiene un año de provechosas enseñanzas. Al año siguiente pasa a la clase del profesor Bautista de Costa. Ya señor de la técnica, del dibujo y del claro-oscuro, en 1922 expone por primera vez en el Salón un retrato.

Nadie prestó atención al trabajo del joven pintor. Pero en 1923 obtiene varios premios con un retrato al óleo del escultor Mazzuchelli: la medalla de bronce, el premio estímulo de 500 cruzeiros y el premio de la Galería Jorge. Al año siguiente vuelve nuevamente al Salón con varios trabajos más audaces y el jurado sólo acepta los retratos, rechazando la tela "Baile en la plantación". Comienza desde entonces su etapa de liberación académica. En 1925 expone dos retratos y gana la pequeña medalla de plata. En 1927 se hace acreedor de la gran medalla de plata. En esta rápida carrera hacia la fama, Portinari no descansa y trabaja para competir en el máximo premio de la Escuela, el premio Viaje a Europa, que logra en 1928 con el retrato del poeta Olegario Mariano. Parte entonces hacia el viejo mundo, visitando Francia, Italia, España e Inglaterra. Observa en los museos los trabajos de los maestros y estudia sus problemas pictóricos. Medita y discute con los artistas modernos. Vuelve a Brasil sin una sola tela pintada pero con la cabeza llena de ideas.

Esta época señala en Portinari un intenso período de búsquedas y estudios, donde la libertad del dibujo, la plasticidad de las formas y la disociación de las tintas imprimen ya un cuño personal a su pintura. De este modo trabaja sin descanso y consigue, con amplia visión, despreciando a los grupos conservadores del academismo y simpatizando con los artistas de vanguardia, crear una técnica audaz, que lo convierte en uno de los mayores pintores de Brasil.

En 1934, Portinari expone sus nuevos trabajos en Río y en São Paulo. El artista es entonces consagrado por la crítica. La resolución de sus temas, con las nuevas concepciones antinaturalistas, se fijaron profundamente en la memoria de quienes vieron esa primera muestra del joven artista.

En 1935 envía el cuadro "Café" al concurso del Instituto Carnegie, en Pittsburgh, y conquista la segunda mención de honor.

En 1936 ejecuta su primera pintura mural, decorando el Monumento Rodoviario erguido en la carretera Río-São Paulo. En ese mismo año es nombrado profesor de Pintura en la Universidad del Distrito Federal.

El Museo de Arte Moderno de New York adquiere en 1938 su cuadro "O Morro". En ese mismo año, el ministro Capanema le encarga los frescos que decoran el Ministerio de Educación. Comienza así una nueva etapa en la vida artística de Portinari: la etapa de la pintura mural, social, monumental. Se entrega con energía y amor a un trabajo verdaderamente gigantesco, estudiando varias técnicas muralistas con centenares de dibujos. Los famosos muralistas mejicanos Orozco y Rivera emplearon originales procesos en sus frescos al aire libre. Del mismo modo, a costa de muchas observaciones y experiencias, Portinari consigue perfeccionar y desarrollar

una técnica poderosa y una admirable seguridad de composición en sus murales.

Comprendiendo las posibilidades de un campo pictórico más amplio para el desenvolvimiento expresivo que debe tener la pintura social, Portinari realiza en las paredes internas del Ministerio de Educación, una serie de frescos adonde lleva las escenas de mayor relieve de la vida de nuestros trabajadores rurales.

Nadie mejor que Portinari supo, hasta hoy, llevar a la tela, con tanta naturalidad y expresión, los motivos populares de nuestra gente. En ese sentido hay que señalar en sus trabajos la serie de espantajos, los globos de San Juan, el circo, los trompos y los hornos de carbón y las trampas para pájaros, etc., representando todo esto, seguramente, reminiscencias de su infancia entre los colonos de Brodsky.

En 1939 el Ministerio de Educación patrocina en Río de Janeiro la exposición de los trabajos de Portinari. Fué una verdadera revelación. Mucho se discutió la obra del artista brasileño. Por un lado se exponían sus retratos de una pureza y fidelidad encantadoras, según los cánones del clasicismo, y por otro lado existían sus deformaciones simbólicas, lo que dejaba en el público una gran duda sobre la sinceridad del artista. La obra de Portinari, como la de todos los grandes creadores, no es una obra homogénea, estática, y sí heterogénea, dinámica y de un poder subjetivo de expresión extraordinaria.

En la Exposición Universal de New York, en 1940, figuraron tres telas de Portinari, lo que dió motivo a que el director del Museo Moderno de New York lo invitase a realizar una exposición individual en esa ciudad. El éxito de esta muestra culminó con la impresión del álbum "Portinari y su obra", editado por iniciativa de la Universidad de Chicago.

Un año después vuelve a los Estados Unidos, invitado por el director de la Biblioteca del Congreso de Washington, para decorar la sala de la sección latino-americana de dicha biblioteca. Allí pinta los magníficos paneles "A Entrada", "A Descuberta", "A Cataquese" y "O Garimpo", todos ellos relacionados con la historia del descubrimiento de nuestra tierra. Son pinturas monumentales, tratadas con las deformaciones de su libre y atrevida técnica.

En 1942 realiza una serie de paneles para decorar las paredes de la Radio Tupi de Río de Janeiro, donde en sus temas expresa un puro sentimiento popular. Por entonces, y siendo como es un gran sensitivo que vive en un período catastrófico, pintó una serie de grandes paneles bíblicos que se expusieron en la Escuela Nacional de Bellas Artes en Río de Janeiro.

Son pinturas impresionantes, no sólo por los temas profundamente humanos, dolorosos e impregnados de fe, sino por la audacia de las deformaciones que aquí alcanzan la culminación de las posibilidades pictóricas. Colores cenicientos, a veces salpicados con manchas rojas y negras constituyen las tonalidades de estos paneles, que ahora pertenecen al Museo de Arte de São Paulo.

\* \* \*

Portinari puede ser considerado, sin duda alguna, como uno de los mayores pintores de las dos Américas. Sin embargo, en torno a su obra, que es muy discutida entre nosotros, las corrientes se dividen en pro y contra. Entre los modernistas, existe un grupo que analiza la pintura de Portinari como un reflejo bastante acentuado de la pintura de Picasso. No encuentran en Portinari originalidad, ni profundidad psicológica en los temas tratados. Y señalan sobre todo sus figuras antinaturales y sus deformaciones como inspiradas y resueltas a la manera picassiana. Con la presentación de los paneles bíblicos en la Exposición de la Escuela de Bellas Artes de Río de Janeiro, las afinidades técnicas de Portinari con el célebre pintor español fueron aun más acusadas. Sin embargo, de modo alguno esto significa que Portinari copie a Picasso, como afirman algunos de mala fe. Estas difamaciones gratuitas contra Portinari, con respecto a los paneles para la Radio Tupi de São Paulo, son de la misma naturaleza que las formuladas en la época de los murales del Ministerio de Educación. En ese tiempo decían que el artista brasileño había imitado a los muralistas mejicanos (Orozco y Rivera). Crítica ésta sin ningún fundamento, pues Portinari, en esos frescos monumentales se distancia mucho de los artistas mejicanos, no sólo en la técnica muralista, sino también en las ideas temáticas de la composición del fresco. Así es que mientras los mejicanos se preocuparon, en sus murales, de la significativa deformación caricaturesca, inspirada en la tradición popular nacional, y utilizaron esos temas, en su mayor parte, para realizar obras políticas y de carácter social, Portinari, en cambio, aunque también partió de la deformación, despreció el sentido caricaturesco y dió organización plástica, maciza, a sus trabajos de sabor picassiano, para producir obras de gran valor dentro de la plasticidad pictórica, describiendo escenas de nuestra vida agrícola e industrial.

Por consiguiente, la nota dominante de los frescos de Portinari es la plasticidad. Por ello no cabe confusión entre la obra del artista brasileño

con los otros que hemos citado. Portinari tiene una personalidad bien definida y una fuerza de expresión plástica poderosa, que por sí solo es suficiente para señalarlo como uno de los mayores artistas de la corriente moderna de la pintura mundial.

En sus obras de carácter social, Portinari siente y describe con emoción nuestras costumbres, nuestras creencias y las escenas de alegría y de dolor de la vida de nuestros trabajadores rurales. La obra de Portinari está totalmente integrada en la realidad brasileña, lo que no sucede con la mayoría de nuestros pintores modernos. Estos, casi siempre han reflejado en sus trabajos un mundo artificioso, disgregado de la vida social y divorciado del pueblo.

La exposición actual de Portinari en el Museo de Arte de São Paulo, donde pueden estudiarse diversas etapas de la evolución de su pintura, desde los dibujos de una pureza clásica incuestionable, hasta sus últimos trabajos al óleo, en los cuales encontramos deformaciones expresivas y simbólicas, tratadas con una técnica maestra y un colorido suave y transparente, representa la victoria de años de vida y trabajo de este artista paulista consagrado por la crítica internacional como uno de los mayores pintores de nuestra época.

São Paulo, febrero de 1954.

# MARA

por VASCO PRATOLINI

La muchacha entró en la lechería tímidamente, abriendo la puerta apenas lo suficiente para pasar de costado. Tímidamente se movió en la pequeña sala, deteniéndose con disgusto (o indecisa) porque las cuatro mesitas estaban ocupadas. El obrero del gas y el mecánico desocupado le ofrecieron hospitalidad, el mecánico movió una silla junto a sí, dijo una palabra de invitación. La muchacha pareció no apercebirse de la voz y del gesto, se acercó a la mesa donde yo estaba solo y la miraba. "¿Puedo?", me dijo. Le dije sí con la cabeza, quitándome el cigarrillo de la boca.

Vino de la cocina el patrón, me trajo la paila con los dos huevos fritos. El agua el pan el salero los cubiertos y la servilleta de papel llenaban la mesa: lo junté todo de mi lado dejando libre la otra mitad de la mesa. En el afán por ser cortés se me cayó el libro que había puesto en una esquina. Más rápida que yo la muchacha se inclinó a recogerlo y entregándome me me sonrió, como con gratitud y reproche. Luego al patrón que preguntaba, le hizo una señal con la mano indicando la cazuelita, dijo: "a mí también". Bañando el pan en el huevo, la miraba. Tenía una cara redonda, de mujercita-luna, los ojos celestes, y cabellos crespos rubios y rojizos hasta la mitad de la oreja, cuyo lóbulo se veía entre ellos blanquísimo. Una boina en la nuca. En la cara malamente pintada, con los labios dibujados demasiado grandes y violentos de rojo como los pómulos, la seriedad era ficticia, una actitud: toda su compostura parecía voluntaria e inútil, frustrada por la pequeña nariz ligeramente respingada que confería al semblante una infantil alegría. Los ojos, celestes, reían.

La muchacha sostuvo lealmente mi mirada, miró en torno la salita de la lechería, los dos obreros la guiñaron desde su mesa. Como el patrón estaba en la trastienda, y oíamos freír los huevos para ella, la muchacha se levantó; fué al mostrador, tomó un vaso, y de vuelta en la silla, alargando la mano hacia la botella de agua, dijo: "¿Puedo?", y sonrió. Yo también sonriendo repetí que sí con la cabeza. El vaso quedó marcado de rojo. Ella dijo: "¿Mudo?" "Claro que no", respondí. "¿Estudiante?" "No". Dijo entonces: "¡Ah!", con un tono de confianza que me gustó. Añadió: "Era para decir cualquier cosa" Vinieron los huevos el pan, los cubiertos también para ella. Yo no estaba ya incómodo, retomé el cigarrillo, fumando le pregunté: "¿Sal?" Ella tomó la sal con la punta del cuchillo, comía, le dije: "¿Están buenos?", e ingenuamente: "¿Sola?" Me miró, comiendo, y contentiéndose con la boca llena una sonrisa: "Parece", me respondió. Le ofrecí

un cigarrillo. Tuvo un acceso de tos. "Fuerte", dijo. "¿Mala?" "No mala, fuerte, no me he acostumbrado. Pero gracias porque tenía ganas de fumar". Mirándonos fumábamos.

Después le dije: "Nos encontramos aquí todas las noches, esa viuda y el hijito, y la señora Ana con su perro. El perro se llama Philips. Y aquellos dos del fondo. Si te quedas un poco verás al profesor. Es un viejo de barba que habla de astronomía. Demuestra que la tierra no gira". La muchacha dijo: "No, la tierra gira". "Claro que gira", dije. Y nos reíamos. Yo hablaba en voz baja, como en secreto, acaso por eso nos reíamos. Entonces, decidida por la confianza que sentíamos establecida entre nosotros, inclinada hacia mí sobre la mesa, en voz bajísima, reparándose con los hombros, me preguntó: "¿Cuánto cuestan los huevos?" Parecía que jugaríamos. Le contesté: "La tierra gira, los huevos cuestan tanto y cuanto". Volvió a levantarse de la silla, la cara alegre de luna llena, exclamó: "Menos mal, alcanza". Amigos ya, empezábamos a hablar. Desde su mesa el mecánico dijo: "¡Eh, compañero, ataca!" Nos descubrimos yo y ella, confusos, ensombrecidos, uno en la cara del otro como en un espejo.

Fuimos a un cine popular. Al salir, entre la gente que teníamos encima, le puse un brazo alrededor de los hombros. con un gesto de protección. Por la calle la tomé del brazo, encontré natural que hiciera así, no observé en ella incomodidad alguna. Al caminar me llegaba poco más arriba de hombro; llevaba un vestido de lana todo entero, verde, también el gorro alla colbaca era verde. Transcurría un invierno tardío, yo llevaba la gabardina; la tarde la noche, tibias, nos permitían caminar y vagabundear despreocupados. Tardío invierno, primavera.

No pensaba mal de ella. Sus tentativas de trabar conversación en la lechería me habían hecho imaginar una aventura, pero en las palabras que nos habíamos cambiado nos reconocimos honrados y leales. Le estrechaba tiernamente el brazo; y ya sabía que podría enamorarme de Mara. Fui yo el primero en hablar teniéndola aún del brazo y caminando despacio, fumando. Le dije que me gustaba leer, y un día habría tomado la pluma en mano para escribir cosas maravillosas, como las que ahora leía. Me preguntó: "¿Y por ahora cómo consigues pagarte los huevos y fumar?" "Mira", y me pareció confesar un pecado, "por la mañana enseño". Y hallando justificación para mi pecado: "Son tan lindos los chiquillos, si supieras, tienen la mirada extraviada y pícaras". Entonces descubrí por qué era hermosa, le dije: "Como los tuyos, mira. Hay un chiquillo que tiene los ojos co-

mo los tuyos". No sé si lloraba de veras después de estas palabras mías, pero por el modo en que su brazo adhirió al mío en ese momento me pareció que lloraba. Y ni siquiera sé si esta sensación en mí fué inmediata o refleja después de lo que debía suceder.

Nos hallamos en el centro de la ciudad, tranvías automóviles y las luces de los bares y cafés vinieron a distraernos de la imprevista intensidad que nos habíamos concedido. Hablé largamente; quiso que le contara la trama de un libro que yo había mencionado. Nos habíamos sentado en la escalinata de la Catedral, y ésta en su mole inmensa de mármoles agujas y estatuas a nuestras espaldas. Eran más raros los tranvías y peatones, quedaron los taxistas y cocheros, y sus voces se elevaban en la plaza que recuperaba el silencio de la noche, con sus mármoles y sus piedras. Como los taxis y los cocheros jugaban a la murra, nosotros también, en broma, jugamos a la murra.

Encendimos un cigarrillo y sobrevino una pausa entre nosotros. Dijo: "¿Qué piensas de mí, qué crees? Hubo una expresión acariciadora, de seriedad, en su rostro de luna-mujercita, agrietó la frente, su voz sonó desilusionada: una chiquilla verdaderamente, a la que el paquete abierto revela un regalo indeseado. "Pienso", respondí, "creo lo que quieras". Dijo, no ya a mí, parecía repetirse a sí misma una historia a la que ya había perdido el miedo pero sin poder aún sonreír de ella, de nuevo como una chiquilla desilusionada: "Ni yo sé lo que se pueda pensar de mí. Ayer un hombre me ofreció entrar en una casa. Acepté para pasado mañana". "Siete", "tres", decían las voces de la plaza, y hombres, entre caballos y automóviles, se agitaban ante nosotros, lejanos.

Amanecía en mi cuarto, la portera golpeó por el despertador. Yo no hubiera querido ir a la escuela. Mara dijo: "¿Ya? Debes ir". Me convenció. Bromeamos: me puse en la cabeza su gorro *alla colbaca*, andando arriba y abajo por el cuarto decía: "uno - dos, uno - dos, conquistaremos el mundo juntos nosotros, uno - dos". Su rostro, no ya pintado, era blanco, blanco (los ojos igual reían), parecía afectar una mueca alegre y contrariada de chiquilla con sueño, las narices levantadas con ternura. Prometió esperarme en casa hasta mi vuelta. "Deberemos trazar el plan para el futuro", dije. Me abrazó, como con pena, era tibia y bella, me susurró al oído: "¿Te gustó hallarme intacta?" (Quizás fué entonces cuando me pareció que llorase).

Ahora por la calle recobraba las costumbres de todos los días: el bar

en que desayunaba, el vendedor de diarios, y los tranvías, los ómnibus, el idéntico avanzar rosa del sol por el cielo, y el pensamiento en los chicos que me esperaban. Tenía que ceñirme voluntariamente a la realidad de la muchacha en mi cuarto, me parecía que todo lo hubiera vivido en la oscuridad de la noche, absurdo, no verídico. Habría querido volver atrás y no lo hice.

Al entrar en clase descubrí vacío el banco del niño que tenía sus mismos ojos.

Del libro "Oficio de Vagabundo", de próxima aparición con el sello "Editorial Eucalió", de Buenos Aires.

por CARLOS SPINEDI

Arte y ciencia —literatura y psicología— muestran, salvadas las diferencias que plantean sus respectivos presupuestos filosóficos, numerosos puntos de contacto. Así sus métodos, aparentemente contradictorios, coinciden sin embargo cuando conceden a la intuición y al razonamiento especulativo un lugar preponderante en sus investigaciones. Ninguna de las formas del conocimiento citada es privativa de una de esas esferas de la cultura. Literatos y psicólogos se valen de ellas indistintamente y con igual rigor intelectual.

Dejando de lado aquello de que todo buen psicólogo que se precie debe ser un buen literato o que todo literato auténtico es, en el fondo, un buen psicólogo, queremos señalar, sino la interdependencia, el constante y fructífero intercambio que existe entre ambas actividades. Cuando Emilio Mira y López ejemplifica su teoría del amor (1) con versos de Pedro Salinas (2) o cuando James Joyce traslada a sus novelas los últimos descubrimientos de la psicología contemporánea puede percibirse cuán profunda es la relación que las une.

Los psicólogos gustan de encontrar precedentes de sus teorías (tanto en la mala como en la buena) (3). Tal vez porque ella les brinda los problemas del hombre ya elaborados y universalizados (tipos). Su terminología profesional denota claramente la magnitud de esta influencia (complejo de Edipo, complejo de Electra, sadismo, etc.). Hoy queremos aportar a esta reversible ecuación un nuevo ejemplo (por lo menos para nosotros) donde un hombre de letras —Guy de Maupassant— formula, con rara precisión, las bases de la teoría de los tipos psicológicos de Carl Jung.

La dualidad del alma tiene muchos e ilustres antecedentes literarios. El mismo Jung coloca al comienzo de su obra (4) una cita de Heine: "Platón y Aristóteles! He aquí no sólo dos sistemas, sino dos naturalezas humanas distintas, que desde tiempos indeciblemente lejanos y bajo todos los hábitos imaginables se enfrentan más o menos hostilmente..." La novedad del ejemplo que citamos radica en que proviene de un autor poco sospechoso de "elaboración científica" como era sin duda Maupassant. Es curioso, además, observar la precisión "técnica" con que está formulada y los pocos años que separan su cuento ¿Quién sabe? de los libros del renombrado psicólogo suizo.

"En la tierra vivimos gentes de dos razas. Los que tienen necesidad de los demás, aquellos a quienes los demás distraen, ocupan, sirven de descanso, y a los que la soledad cansa, agota, aniquila lo mismo que la

ascensión de un nevero o la travesía de un desierto, y aquellos otros a los que, por el contrario, los demás cansan, molestan, cohiben, abruma, en tanto que el aislamiento los tranquiliza, les proporciona un baño de descanso en la independencia y en la fantasía de sus meditaciones." Hasta aquí la cita no justificaría una atención especial. Podría incluirse entre las muchas y finas observaciones psicológicas que son patrimonio de los buenos escritores. No ocurre lo mismo con el resto. "En resumidas cuentas, se trata de un fenómeno psíquico normal. Unos tienen condiciones para vivir hacia afuera; otros, para vivir hacia adentro..." (5).

Sorpresivamente nos vemos precipitados al seno mismo de la teoría que, en el primer decenio de este siglo, diera a conocer Carl Jung: "Esta diferencia acaso no sea otra cosa que una DIVERSIDAD DE TEMPERAMENTOS, un contraste de dos tipos del espíritu humano, de los cuales el uno deriva la eficacia determinante principalmente del sujeto, y el otro, en cambio, principalmente del objeto... Yo he designado este contraste típico con los nombres de DISPOSICION INTROVERTIDA Y EXTRAVERTIDA. La primera tiene lugar cuando un ser normal, de carácter irresoluto, reflexivo, retraído, que no se entrega fácilmente, siente desvío ante los objetos, adopta siempre la defensiva y tiende a ocultarse detrás de una observación desconfiada. La segunda tiene lugar cuando un ser normal, de carácter comunicativo, aparentemente abierto y benévolo, que fácilmente se hace cargo de cualquier situación, traba rápidamente relaciones y se lanza despreocupada y confiadamente en situaciones descomulgadas desentendiéndose de posibles reparos. En el primer caso predomina a todas luces el sujeto; en el último, el objeto." (6)

Tarea inútil sería mostrar correspondencias que son evidentes en dos textos que pudieran tomarse como fragmentos de una misma pieza —de tal modo se integran—. Finalmente queremos subrayar una coincidencia. Ambos atribuyen normalidad al fenómeno que Maupassant comprendiera que era normal y no común; la dualidad por él señalada nos parece la mejor prueba de que no se trata de una observación afortunada sino el fruto de un problema largamente madurado.

(1) E. Mira y López: Cuatro gigantes del alma. Ed. El Ateneo. Bs. As.

(2) Pedro Salinas: Poesía Junta. Ed. Losada. Bs. As.

(3) El interés de los psicólogos por la literatura —tanto por la buena como por la mala— conoce matices perfectamente diferenciables. En el primer caso interesa, en especial, el personaje creado; en el segundo la atención se concentra sobre el autor. Es decir que una es objeto en sí misma y la otra sólo un medio de aproximación.

(4) C. G. Jung: Tipos psicológicos. Ed. Sudamericana. Bs. As.

(5) Guy de Maupassant: "Qui sait?" (cuento). Ed. Aguilar. Madrid.

(6) C. G. Jung: Lo inconsciente en la vida psíquica normal y patológica. Ed. Losada. Bs. As.

# Polémica: Sartre-Camus

## PARA DECIRLO TODO...

por FRANCIS JEANSON

(Continuación del número anterior)

La llave de todo esto, he de decirle una vez más, donde creo captaría: *Dios le preocupa a usted infinitamente más que los hombres*. Ya sé bien que usted declara la inexistencia de Dios. Pero usted insiste tanto, tan constantemente le dirige usted sus reproches, y parece usted tan preocupado en no ser su víctima que pareciera que usted le guarda rencor por haber desaparecido y que usted teme en él a algún Diabolo vivo. "Durante mucho tiempo hemos creído ambos, le escribía usted al amigo alemán, que este mundo no tenía una razón superior, y que *estábamos defraudados*. En una cierta manera, aún lo sigo creyendo (1). "¿Tan notable fórmula no expresa a su vez, la misma especie de despecho y de resentimiento, frente a un Dios que *estaba obligado*, que estaba obligado a usted, de crear un mundo "justo" y a la vez satisfactorio para el alma? Este Dios bueno lo ha engañado a usted, se ha transformado en genio maligno, o más simplemente, lo abandonó a usted, y se dejó morir sin preocuparse por usted. Pero hay que notar en qué tono registra usted esta increíble desenvoltura: "Sé que el cielo que fué indiferente a sus atroces victorias, volverá a serlo para su justa derrota. *Una vez más hoy, nada espero de él (2)*".

En suma, hay en usted, y de esto no se duda, una excepcional exigencia de justicia: pero se dirige contra Dios, y sólo él parece digno del combate que opone el honor del hombre a esta injuria metafísica con la que usted se cree herido.

En cuanto a los hombres, sus esfuerzos tienden preferentemente a ignorarlos, y de todas maneras llega usted bastante bien a desconocerlos. Las dos posiciones, frente a Dios y frente a los hombres, están por otra parte estrechamente ligadas. Esto puede verse por ejemplo, en su negra imaginaria de las revoluciones: los pueblos sólo figuran *por accidente*, y en la medida en que le interesa a usted demostrar que ellos son las primeras víctimas. Los "revolucionarios" para usted son todos *conductores*. Naturalmente, este es

(1) *Ibid*, p. 80.

(2) *Ibid*, p. 69 (Yo soy quien subraya, como en todas las citas precedentes y en las siguientes.)

un pensamiento que es común a mucha gente; pero usted supo llevarla más lejos, y ahora se ha hecho original. Estos conductores son *ideólogos*, gente que, un buen día, tras de ojear la obra de Rousseau, de Hegel o la de Marx, conciben una idea, y esta idea —Dios sabrá por qué— se convierte en una idea fija, y comienzan a delirar y desde entonces actúan por espantosas convulsiones: consecuencia esta que puede sorprender, cuando se determina que la loca pretensión de estos "convulsionarios" es establecer, mediante la conquista del mundo, la divinidad del hombre. Esto ocurre en cuanto a la historia, tal como ocurre con su propia vida: para usted están siempre en *relación a Dios*. Ya concluido con el curso de la historia de los hombres, y sus motivaciones humanas, no le cuesta a usted mucho considerarlo inhumano. Pero si usted deplora que lo sea, no es tanto por los hombres que en su opinión se pierden en vano: sino porque embrolla sus relaciones con el mundo, trastorna el maravilloso rigor de su tragedia y no deja de ser una respuesta a esta noble elevación del pensamiento que en su afán de no eludir los problemas, en un solo esfuerzo sin tropiezos, los lleva hasta lo absoluto y los hace así insolubles. La marcha grandiosa y la perfecta belleza de su papel —el del Justo afrontando gratuitamente, por dignidad, el mundo y su propia condición— exigen un escenario calmo y protagonistas simbólicos. Los movimientos de la multitud y la intervención de las realidades diarias, la sorda violencia de los opresores y, contra ella, esta violenta exigencia de lo humano, cuyas empresas el hombre jamás paga por completo ni con sus éxitos, ni con sus fracasos, todo esto naturalmente, falsearía su suntuoso juego. Frente a las realidades de las empresas revolucionarias a través del mundo, necesita usted en consecuencia, en primer lugar, transformarlas en gestos simbólicos, que evidentemente usted interpreta según su propia obsesión de Dios. Pero esto no le basta: bajo esta forma aun se le escapan, y prosiguen negando su propia actitud. Usted sólo las ha caracterizado como indiferentes y como locas; le resta a usted recuperarlas, anexaslas definitivamente en su visión del mundo, de su mundo. Esto será un nuevo motivo para ejercitar su estoica lucidez, manifestando de esta manera que si llega usted a condenar, por lo menos no es de aquellos que condenan con los ojos cerrados. Y ahora tenemos la revolución transformada en instrumento de sublimación para el pequeño número de elegidos y de mortificación para la masa de los elegidos. "¡Alabados sean estos tiempos... en que la miseria grita y devora el sueño de los satisfechos! Ya Maistre hablaba del "sermón terrible que la revolución predicaba a los reyes". Hoy la prédica es, de manera más urgente, para las clases superiores deshonradas de estos tiempos.

Pero, ¿a qué hemos llegado? Ya sea de manera directa o implícita, su

mismo libro (y lo hice notar en mi artículo) muestra en diferentes ocasiones que la sociedad burguesa actual se mantiene mediante la violencia y que las formas no violentas de protesta contra ella son insuficientes por esencia o están prescriptas. No creo que se le ocurra a usted, siquiera una vez, presentar a la revolución como no necesaria para modificar en verdad el estado actual de las cosas en nuestra sociedad: su tesis es simplemente que la revolución es mortal porque los hombres están por completo entregados a la historia. En fin por momentos parece volver a hallar en el origen de toda revolución este valor positivo que constituye para usted la esencia misma de la rebelión y se llega a pensar, volviendo a las fuentes, que ésta tendría algunas posibilidades de que usted la declarase salva... ¡Pero no! Pero usted la salvaría, suponiendo que tuviese poder para ello, solo para quitarle la vida. Y si tanto le agrada a usted su origen, es que éste representa a los ojos de usted, el punto mismo en que desearía verla detenida para siempre: esto es cuanto hace justamente su rebeldía, que se esmera en escapar a toda acción y que se conserva indefinidamente pura, no dejando nunca de volver a la iniciación en cero. En resumen, usted cree que la revolución no puede proseguir siendo válida, es decir sublevada, sin el riesgo de un fracaso total y casi inmediato (ejemplo de la Comuna). En cuanto al revolucionario que pretendiera mantener en el centro de una revolución las exigencias específicas de la rebelión, a usted le parece simplemente entregado a una locura; y si no lo pretende, el desdichado sólo escapará a la locura para caer en la policía. Así pues, las revoluciones son necesarias para la humanización de las sociedades burguesas, pero la única sociedad que ellas pueden establecer es una sociedad perfectamente inhumana. Evidentemente, sólo resta una solución: el consentimiento para las *situaciones de hecho*. Usted se apresura, es cierto, a determinar que este consentimiento no es aceptación, y que importa no "ratificar la injusticia histórica y la miseria de los hombres". Naturalmente, naturalmente... pero de todas maneras es una suerte que usted nos haya acostumbrado un poco a este tipo de ejercicios. En fin que, la cosa está clara: usted sólo consiente rechazando y se guarda bien de ratificar contra qué; por otra parte, no admite que se entable la lucha.

Tal es pues la consecuencia de todo el trabajo que usted se tomara: esta Justicia de gran señor estoico, este anacrónico concepto de una Justicia absoluta —y tan absolutamente absoluta que se pecaría en contra de ella al esforzarse en hacerla penetrar en el dominio de lo relativo en el cual es necesario a pesar de todo que los hombres se muevan. Esta noble exigencia, que mantiene las injusticias reales por el prurito de no agravarlas, y por una protesta contra la Injusticia imaginaria, debiera ser prefe-

riblemente caracterizada como una manía de absoluta pureza. El Justo es el Puro: es él quien ha hecho votos de pureza. Simultáneamente es un crédulo, o un impostor. Pues es algo vano el querer huir de todo compromiso en un mundo en el cual uno ya se encuentra comprometido por el solo hecho de existir, en el que uno solo puede mantenerse en la existencia al precio de comprometerse permanentemente y bajo todos los aspectos. Si dividimos a los humanos en tres categorías: *los verdugos, las víctimas* y los *demás* estos últimos son necesariamente, y en cierta medida, *cómplices* de los verdugos. Y bien comprendo que el buen hombre que tenga la suerte de no ser en verdad una víctima, prefiera el papel de cómplice al de verdugo. Pero, por otra parte no creyéndolo autorizado para esgrimir el banderín de la pureza, dudo de que se pueda creer valedera la división encarada; ya que no tiene en cuenta el tipo de posición que adopta el cómplice, a partir de su complicidad de hecho. En este punto usted me daría la razón: hay, es evidente, cómplices resignados y cómplices sublevados. Así formulada, esta evidencia me deja intranquilo; y por ejemplo, su propio caso no tiene nada de tranquilizador. Usted ha elegido es cierto, ser un cómplice "sublevado": sólo que *usted ha elegido también su rebelión*. Quiero decir, que ha elegido su objeto, y de tal manera que pueda permanecer pasiva sin aparecer, al menos a primera vista, como un simple consentimiento: ¿cómo exigirle al hombre que actúe contra una *condición humana* que toda acción, justamente, presupone? Correlativamente, esta elección le traería a usted una segunda ventaja, haciendo llegar su protesta a lo absoluto: de tal manera pasaría por más intransigente, cuando sólo hubiese consentido en seguir siendo impracticable. Pues lo Absoluto sigue teniendo siempre el mismo valor a los ojos de las conciencias derrotistas. Tercera ventaja: al convertir al hombre en general, en la más inocente de las víctimas, simultáneamente dejaba usted completamente de ser cómplice. Y por encima de todo esto, finalmente, usted evitaba el riesgo de verse confundido con tantas víctimas; sólo podrían ser en efecto salvadas las que, hasta el momento de la muerte, como un terrible desafío, esgrimiesen sus rostros de víctimas a la Ausencia divina. En suma, que usted eligió la derrota y le dió tono.

En el 40 Francia había sido vencida; era, esto se sobreentiende: por un exceso de su pureza: "Habíamos penetrado en esta guerra con las manos puras, con la pureza de las víctimas y de los convencidos..." Bien. Pero ahora estamos en julio de 1943, y esta vez, a pesar de todo, la victoria se anuncia en el horizonte: ¿Cómo dará usted este paso? De la manera más simple: se entiende que usted no puede declarar que si ahora los franceses están a punto de ser vencedores, es porque han dejado de ser puros. Así pues usted convertirá a la pureza en la causa, también, de su

victoria, y desde luego, en fin, en su consecuencia: "Saldremos (de esta guerra) con las manos puras —pero con la pureza, esta vez, de una gran victoria lograda contra la injusticia y contra nosotros mismos." De tal manera, la victoria será otorgada a los franceses, porque en primer lugar fueron vencidos: "Seremos vencedores gracias a la derrota misma", y porque habrán "sentido la injusticia y aprendido la lección" de este sufrimiento infligido a su pureza. Sea. La IIIª República era pues el ideal de las comunidades humanas y Francia, armada con su única energía, marcha sola hacia el triunfo... ¿Pero cuál es esta lección que ha aprendido de la injusticia? Se desarrolla en dos tiempos. *Primer tiempo: Nuestra pureza nos costó caro:* "Creo que Francia ha perdido el poder y su reinado por mucho tiempo, y que por mucho tiempo deberá tener una paciencia desesperada, una rebeldía atenta, para volver a hallar el prestigio necesario para su cultura. Pero creo que todo esto lo ha perdido por razones puras." *Segundo tiempo: Habremos pagado este precio por nada.* "Hemos pagado demasiado cara esta nueva ciencia para que nuestra condición haya dejado de parecer desesperante." *Conclusión:* la pureza está siempre castigada, siempre es víctima hasta en las aparentes victorias: ser puro es estar en derrota permanente, y las derrotas de los puros son la confirmación de su pureza.

Tales perspectivas, naturalmente, lo conducen a no estar en absoluto satisfecho de los hombres. Y quisiera aún recordarle que en esas horas difíciles cuando hasta su vida estaba en juego, y usted meditaba sobre la suerte de Europa, "Europa" era en primer lugar para usted la Europa de la Naturaleza, del Pasado, de las plantas y de las ruinas: "Es una tierra magnífica, hecha de trabajo y de historia... Todas estas flores y estas piedras, estas colinas y estos paisajes donde el tiempo de los hombres y el tiempo del mundo han entremezclado los viejos árboles y los monumentos. Mi recuerdo ha fundido estas imágenes superpuestas para convertirlas en un solo rostro, que es el de mi patria más grande... No me bastaba con pensar que las mayores sombras del Occidente y que treinta pueblos, están junto a nosotros: no quería dejar de lado la tierra".

A los hombres mismos, usted los ama aún más cuando están petrificados, limpios de existencia, entregados a su solicitud: condenados a ser lo que usted quiere que sean. Esta es la razón por la cual usted también los quiere en forma de símbolos. "El pueblo español", por ejemplo, es lo que le conviene a usted: España, país mediterráneo, sensual y cálido, la grandeza y la aridez de sus paisajes, el extraño espíritu de rebelión y de anarquismo de sus hombres, y por ahora todo marcha bien. Y tanto es así que habiendo situado usted la acción del *Estado de Sitio* en España, cierto

día se justificó usted sugiriendo que al fin de cuentas no podía situarlo en otra parte: "...Ningún hombre sensible debió extrañarse —le escribía usted a Gabriel Marcel— que debiendo tomar al pueblo para hacerlo hablar de la carne y del orgullo para oponerlo a la vergüenza y a las sombras de la dictadura, haya elegido al pueblo español. No podía elegir al público internacional del *Reader's Digest*, o a los lectores de *Samedi-Soir* y *France-Dimanche*". Dejemos pasar la primera hipótesis que es pueril, puesto que, en efecto, este público está en todas partes y en ninguna. En cuanto a la segunda, es diferente. ¿Sabe usted exactamente, quienes son los lectores de estos dos semanarios y cómo y por qué se los lee? Creía que usted estaría mejor informado sobre la situación de la prensa en Francia. Ubíquese usted por lo menos frente a las cifras del tiraje: ¿no le parece que son muchos franceses barridos de un solo golpe por el desprecio de uno solo? Debe tener usted una gran osadía... Además, ¿cómo diablos se las arregla usted para conciliar esta brutal sentencia con su exaltante elogio de la pureza francesa en los años de pre-guerra? ¿Entonces qué leían estos mismos franceses antes de la guerra? En todo caso me parece que en aquel momento no se hacía usted muchas ilusiones sobre el valor de sus prójimos: "...hoy el imbécil es rey..." escribía usted en *Noces*. Es que ya le molestaban, eran ya un borrón en el cuadro, desentonaban en el decorado estos hombres que se obstinaban en no ser felices. Y usted les quitaba la máscara: simplemente, ellos "tenían miedo de gozar". De todas maneras usted hacía una excepción con los algerianos: este pueblo sabía ser feliz, y usted era "consciente y orgulloso" al compartir su amor por el mundo con esta raza "nacida del sol y del mar, vivaz y sabrosa, cuya fuente de grandeza es la simplicidad y que de pie en las playas envía una sonrisa de complicidad a la sonrisa deslumbrante de sus cielos." De tal manera casi uno llega a preguntarse con qué finalidad llevaba con sus compañeros algerianos, este combate "un tanto inconfortable" que menciona su carta, ya que su finalidad no está claramente expresada por las descripciones que hace de sus estados de ánimo. Pero quizá se sintiera usted lleno de una paternal compasión por este "pueblo niño", en el que se ve "concluir matrimonios y comprometerse vidas enteras" por una nada, en una conversación en una sala cinematográfica, "al intercambiar bombones de menta."

Sí, bien veo cuánto le convenía a usted "este pueblo sin alma": lo había estrictamente reducido a lo que, en él, no podía molestarle; también de él hizo un símbolo. ¿Y qué era lo que usted le otorgaba? "Ineptas diversiones", "el culto del cuerpo", un "cándido cinismo", una "pueril vanidad": tales son las características, agregaba con encan-

tadora indulgencia, las que llevan a que esta raza sea "severamente juzgada"... Es curioso, pero ya lo ve usted, yo hubiese creído que el racismo colonialista,, también él, a veces, podía tener una cierta parte en esto.

De todas maneras, puede uno haber tomado cómodamente algunos pueblos, convirtiéndolos en símbolos —"estos bárbaros que se pavonean en las playas", el pueblo de la carne y el orgullo"—, aún quedan suficientes pueblos, y en verdad, muchos hombres que no fueron reducidos a la transparencia absoluta. Además la magia puede fracasar (por ejemplo los algerianos, pueden reunirse en un movimiento nacionalista, o bien, ¿quién puede asegurarlo?, convertirse en "revolucionarios"...): de tal manera es mucho mejor encarar de lleno alguna solución más radical. Esta consistirá en reconocer que el voto de pureza implica esencialmente el voto de soledad: "No siempre es fácil ser un hombre, y menos aún ser un hombre puro; pero, ser puro, es volver a hallar esa parte del alma en que se hace sensible el parentesco del mundo, en que los empujes de la sangre coinciden con las pulsaciones violentas del sol del mediodía" ¿Parentesco? Mejor aún: "amoroso entendimiento de la tierra y del hombre liberado de lo humano." (1)

Ahora hemos llegado al verdadero estado espiritual del ascetismo de la rebeldía. "¡Florencia! Uno de los pocos lugares de Europa, donde comprendí que en el corazón de mi rebeldía dormía un consentimiento. En su cielo donde se entremezclan las lágrimas y el sol aprendía a hacer mía la tierra y a arder en la llama sombría de sus fiestas... ¿De qué manera consagrar el acuerdo del amor y la rebeldía? ¡La tierra!" Usted lo comprendió sobre las ruinas de Djemila: "Es en la misma medida en que me separo del hombre que siento el temor de la muerte, en la medida en que me prendo a la suerte de los hombres que viven, en lugar de contemplar el cielo que perdura." —así como usted supo extraer del campo florentino esta moral sin historia, esta "sabiduría donde todo estaba ya conquistado" y que hay un solo universo "donde tener razón toma un sentido: la naturaleza sin hombres."

A partir de esto, usted supo bajo qué forma los hombres lo molestarían menos: "¿La medida del hombre? Silencio y piedras muertas. Todo lo demás pertenece a la historia". A este espíritu ascético lo llamaba usted indistintamente "la pasión de vivir" o "el olvido de sí mismo": en todos los casos, los preparaba para "esta lección que nos desliga de toda es-

(1) Bodas.

peranza y que nos aparta de nuestra historia". ¡Rara vez, sin duda, la lección fué tan provechosa! Y yo quisiera, antes de volver a su carta, ilustrar con un último ejemplo una continuidad de pensamiento tan excepcional: "No veo, escribía usted entonces, que le quita la inutilidad a mi rebeldía, y siento muy bien cuanto le agraga."

El Justo, el Puro, el Solitario... Sí, así es, para terminar, tal como yo lo veo a usted: prisionero de usted mismo, perdidamente preocupado por su dignidad, por su grandeza, por su *personaje*. Solo, encerrado en su despecho, lleno de resentimientos, finalmente irritado contra tantos hombres que no quieren desesperarse como usted, que quizá no quieran desesperarse en absoluto, y que se obstinan en distinguir entre la desgracia de haber nacido mortales y la desgracia de ser oprimidos. Y que no comprender que la felicidad está allí, al alcance de sus manos, si consienten sólo un poco en volverse hacia el sol, en hacerse cómplices del azul infinito... Usted está solo, es cierto, y cada uno de nosotros también lo está: pero parece usted olvidar que *eligió estarlo*. "Tengo el hábito de estar solo... (1)" Por otra parte, tiene usted el énfasis del Solitario, su arrogancia, su soberbia. Usted está solo, y emplea toda su grandeza en permanecerlo. Y sin duda será necesario haber elegido la soledad, para concebir la verdad como cosa personal, un asunto de honor donde la nobleza y la sinceridad de uno solo daría el argumento decisivo: ¿pero quién ha de determinar entre el honor de Pedro y el de Pablo? Usted cree que basta con ser sincero, es decir, en suma, tener conciencia de serlo; por otra parte, usted tiene conciencia de ello: así será pues, su honor el que determinará, como juez supremo. A partir de esto, usted es la Verdad, el fiel exacto de la balanza, que siempre se inclina del lado del verdadero peso. Pero ahora enfrenta usted a la verdadera historia: de pronto el fiel tambalea, soporta inquietantes sacudidas y de pronto acusa terribles pesos que lo asustan. De tal manera, descubre usted que la única historia que serenamente se pueda pesar, y desafiar noblemente, sería una historia inmóvil, una ausencia de historia. Su Justicia, finalmente sólo es justa en mitad del camino.

"Si la verdad está por la derecha, que se la proclame, y allí estará.": naturalmente, puesto que *usted* es la Verdad. Pero por lo menos es necesaria dicha seguridad para poder expresarse de esa manera. Es cierto que

(1) Cartas al "Observateur", 5 de junio 1952.

desde esta altura absoluta donde se sitúa su conciencia pura, la izquierda o la derecha sólo son para usted formas sin contenido, lugares abstractos, simétricos con respecto a un "centro equidistante". La verdad histórica no ha de buscarla usted en cuanto ocurre en el seno de la derecha, y de la izquierda concretas, ni en las luchas que se les oponen, sino únicamente en las repercusiones de estas luchas en la magnitud de su actitud frente a lo real. Desde este punto de vista, naturalmente, toda lucha efectiva es condenable: fuera del eterno equilibrio, no hay salvación. El sol es justo, y usted también lo es, usted que extrae de él su sabiduría, pero los hombres son injustos y locos. En las últimas páginas del *Hombres en Rebeldía*, el odio se muestra al estado puro, cuando su moralismo totalitario encara a los peores de éstos: "Estos pequeños europeos que nos dejan ver su rostro avaro.", "la innoble Europa", "la cohorte rugiente de estos pequeños rebeldes, ralea de esclavos que concluyen por ofrecerse hoy, en los mercados de Europa, para cualquier servidumbre.", etc.... Pues la Verdad de usted, no necesita de los hombres para ser humana, lo es en pleno, por gracia divina. Es suya, luego es humana. No la obtiene por una colaboración, una confrontación real, con hombres reales; usted la concibe —muy alto, por encima de ellos, solo ante sus imágenes coloreadas— y, paternalmente, en un gran gesto de severa afectación, usted se las otorga. ¿Y cómo responder al derecho de hacer pesar sobre ellos tamaña virtud desesperada —esta "fiera compasión" y este terrible amor que en primer lugar los condena, puesto que usted eligió "la generosidad del hombre que sabe (1)"?

En el mismo párrafo del *Hombre en Rebeldía* en que usted proclama su elección (y el notable privilegio que supone), también escribe: "loca generosidad" (375); pero ambas fórmulas no se contradicen: sólo que la segunda designa, en su opinión, cuánto hay de noblemente absurdo e irrazonable en ser Juicioso en este mundo, en mantenerse frente a los hombres, como *aquel que sabe*. Aun cuando intenta proponer su verdad subjetiva como una *sabiduría universal*, valedera en un "término medio", continúa pretendiendo que este juicio es locura, y que se atribuye alguna trágica grandeza. Sólo propone su Verdad sugiriendo que sin duda es inaccesible y que los hombres son lo bastante locos como para pensar que esa Verdad no es locura. Pues la Verdad verdadera sólo puede ser para usted, la absolutamente pura: así pues es necesario que sea con-

(1) L'homme révolté (pág. 377).

jointamente, inverificable y no compatible —inaceptable. Su forma perfecta es el desafío universal.

Naturalmente no deja usted de afirmar lo contrario. La rebeldía, escribe, es esta "primera evidencia" que "aleja al hombre de su soledad", "funda en todos los hombres el valor primero": a partir de este momento de rebeldía, el sufrimiento "tiene conciencia de ser colectivo". De allí su proposición de tipo cartesiano: "Me rebelo luego soy". Por mi parte, lo confieso, esta evidencia no es tal. Suponga, por ejemplo, que me rebelo contra la condición humana, la cual implica en particular el hecho absurdo e injustificable de otras existencias en el mundo en que yo existo: podré simultáneamente rebelarme contra los demás, si me parece que su existencia es obstáculo a mis empresas y no obstante fundar en ellos "el valor primero"? Al contrario, me parece grande su osadía, cuando denuncia usted más lejos, a propósito de Lautréamont, "la eterna coartada del insurrecto: el amor por los hombres."

Traducción de JUDITH COIN

## El Consuelo del Desconsuelo Europeo

por OSWALD BAYER

*Museo de Arte en Hamburgo.* Entro al "sagrado" recinto que pertenece a los alumnos del último año. Gran alboroto. No se aperciben de mí y logro confundirme entre los treinta estudiantes que llenan la estrecha sala. Rodean a otro que habla en alta voz, subido a un pupitre.

La faz demacrada del disertante descansa de algo que ha dicho y que al parecer ha causado revuelo entre los demás. Largos cabellos rubios, ojos hundidos, facciones sufridas. Viste una verde chaqueta de la "Wehrmacht", sólo que los orgullosos botones dorados han sido reemplazados por otros de hueso, con inofensivos dibujos bávaros. Una sola manga cumple su cometido. La otra, vacía, termina en un bolsillo. El único brazo se levanta nuevamente con gesto autoritario. Se hace un poco de silencio:

"—Y nuestros viejos señores dicen sentenciosamente que la juventud de hoy está perdida! ¡Ah, nuestros viejos tiempos!, suspiran... ¿Qué quieren de nosotros, qué piensan de nosotros, qué piden de nosotros, ellos, que nos han regalado este hermoso mundo? Esa "extraordinaria" generación que nos ofrece estos "hermosos" sótanos, este "hermoso" frío, estas "hermosas" ruinas y este "hermoso" porvenir..."

La amarga faz del disertante reposa otra vez como para cargar veneno y reinicia:

"—Tomad un chico de dieciséis años. Ponedle un fusil ametralladora en su pequeña mano y enviado al infierno con la consigna: la esperanza de la Patria descansa sobre tus hombros y... sobre tu fusil ametralladora. Dejadlo en el infierno hasta que estalle su cabeza de locura y dolor, hasta que la última gota de sangre salga de sus venas alimentadas con barro y colas de ratas. Y luego dejadlo en manos de los vencedores, quienes, claro está, tienen que cobrar a ese pobre infeliz los pecados de los vencidos. Y por eso lo dejan cinco o seis años tras alambres de púa y lo meten en un mameluco con las letras PW en las naigas. Una vez reeducado, este feliz mortal es devuelto a su Patria. Ya no es más joven, es un amarillo ser con una mueca en la cara y pulmones agujereados. ¿Y ahora? Pues ahora se te acabaron las diversiones. ¡A trabajar! Pero... ¿de qué? Y

entonces nuestros viejos se santiguan: ¡Ah, perdida juventud! ¡No sabe nada! ¡No ha aprendido nada! ¡Esta juventud moderna! Y el pobre diablo allá va: desocupado... Hasta que un día le llega la gran oportunidad. La vieja generación se apiada de nuestro muchacho y le ofrece con grandes discursos y doradas palabras, ahora sí, un espléndido porvenir: soldado en el nuevo ejército europeo! Y le ponen en las enflaquecidas manos un nuevo modelo de fusil ametralladora, esta vez fabricado en ultramar..."

Estas últimas palabras despiertan ruidosa desaprobación por parte de un grupo que se había abstenido de todo comentario.

"—¿Y qué quieres tú, charlatán, que nos convirtamos también nosotros en "China" (1) —grita un hombre largo de dos metros terminados en selvática melena.

— Antes que comience el acostumbrado combate final dejo la convulsiona habitación, en tanto que oigo a otro hombre redondo, vestido con viejas ropas verdes de los cazadores del sur, gritar con pastosa voz: "Abajo los viejos y su politiquería! ¡Ni siquiera nos dejan un centavo para emborracharnos una vez al año!"

Pero todas esas protestas, esos amagos, caen en el saco sin fondo del ritmo de la vida. Esa vida que pareciera llevar ya un rumbo prefijado, movida por fuerzas imperturbables.

Y por ello el "existencialismo", si es aplicable la palabra, no ya como árida filosofía, sino como forma de vida, es el consuelo del desconsuelo del europeo medio. Mal puede juzgar quien llama enfermedad o fuera de moda la atmósfera que todavía rodea las reuniones juveniles, con violento ritmo de "boogie" o disfraces de negro y rojo, donde todo tiene la debilidad de la lágrima o la pintada risa de un arlequín de cartón.

Poco a poco, los que ven más claro, los que son empujados tal vez por la ilusoria mentira o la fría verdad de una religión, van delineando una senda, dibujando los tímidos contornos de un nuevo camino. Los sangrantes dedos levantan piedra por piedra, ladrillo por ladrillo, para reconstruir. O algunos piensan hasta en construir. Desde la base.

Carl Zuckmayer, uno de los dirigentes de este grupo de constructores, nos define su vida como "existencia sin existencialismo".

Y nos dice: "...depende de ti, de tu presencia. Esa presencia que representa la única grandeza que nos es dable experimentar en el tiempo y en el espacio, y es el único camino hacia la Unidad intemporal. El Gran Miedo —esa explicación que paraliza, destruye y hace estéril a la sangre y al alma— nace de lo más profundo de la falta de temor. Ya que temor está emparentado con respeto, y por cierto en el respeto a lo Divino (que tan

(1) Los rusos están repoblando Prusia Oriental con mongoles y chinos.

sólo presentimos, pero que no nos es posible comprender) alcanza el temor su grado máximo de perfección”.

“Quien vive impregnado de lo divino —agrega— puede tener confianza en la vida y enfrentar con ánimo todo lo viviente.”

“Yo amo la vida y sus senderos —añade más adelante— pero siempre alerta a sus escarpadas y resbaladizas pendientes, a las trompas de sus sedientos vampiros, a su podredumbre blanda de hongo, a sus cavernas y galerías, y al ruido de los demonios que trotan bajo y sobre la corteza terrestre. Yo sé de lo absorbente de la inseguridad, lo alucinante de la imaginación humana, la inestabilidad del terreno social, el atormentador peligro de las catástrofes que sin cesar giran sobre nosotros. Pero yo amo la vida, la vida humana, no como una idea ilusoria que tiende a la felicidad, no como un procedimiento regulable para alcanzar una posible satisfacción, sino la vida amenazada, acorralada, infinitamente trágica e infinitamente llena de alegría de los seres a quienes un creador despertó creó, animó. Yo la amo con temor y respeto, con fe y agradecimiento.”

Estas palabras fueron pronunciadas por el poeta el día en que el arte alemán lo distinguió con el “Premio Goethe 1952”. Premio que él, tan sólo un poeta, donó en su totalidad para que los jóvenes autores, libres del miedo existencial, puedan conocer el mundo.

Poeta en papel de mecenas. Mudo ejemplo para los cañones que a la misma hora rodaban por las calles de Francfort.

Y lo que no han realizado los políticos de Francia y Alemania lo ha hecho factible el arte. Francia y Alemania se encuentran unidas como nunca en materia artística. El franco éxito de Gerard Philippe y la Comedia Francesa en Berlín con el “Prinz von Homburg”, de Kleist; la apoteosis del “Bacchus”, de Cocteau, en Düsseldorf, y la maravillosa muestra de pintura francesa en Hamburgo, demostraron lo cerca que se hallan estos dos pueblos. Dos polos cuyo contacto, por desgracia, produjo la chispa que en vez de iluminar, sumió en sombras a la civilización.

Allí estaba el “Gilles”, de Watteau, borrando con su terciopelo el recuerdo de las juventudes brutalmente asesinadas en las trincheras de dos guerras.

Y por último, el pequeño hecho, algo que tal vez tuvo sólo cabida en la crónica diaria de algún periódico de provincia. Es un acontecimiento de la pequeña gente, pero que nos habla de la verdadera esencia y sentimiento de los pueblos. Familias francesas invitan a cincuenta niños alemanes a pasar sus vacaciones en las campiñas del norte de Francia. Y el hecho ocurre en Compiègne, pequeña ciudad surcada por el Oise y tristemente famosa por haber sido escenario de dos momentos vergonzosos para el

espíritu humano: 1918, capitulación alemana; 1940, rendición francesa. Allí van los niños. Wolf, una rubia cabeza de ocho años, juega en el jardín de la familia de Monsieur Petrov con niños franceses. Wolf encuentra algo abandonado, un peligroso juguete de los hombres: una granada de la última guerra. El proyectil estalla y arranca la mano derecha del pequeño Wolf. El azar lo quiso. Pero, al amanecer del día siguiente, Wolf se encuentra en su camita del hospital rodeado de niños franceses que le traen pasteles amasados por sus madres y flores de los prados del Oise...

Antes de terminar, preguntémosnos un poco desconfiados: Pero... ¿quién oye a los artistas? ¿Quién oye a la pequeña gente?

Hamburgo, 1954.

## FERNANDO GUIBERT:

## Poeta al Pie de Buenos Aires

*Editorial Rueda, Buenos Aires, 1953.*

No cabe duda que los defensores del "lirismo" de Buenos Aires —cuya visión no va más allá de los balcones de San Telmo y los nostálgicos baldíos— se opondrán a este dramático canto al "ángulo de enfoque" de Fernando Guibert. No es la suya una búsqueda "sentimental" de lo porteño, sino un vivir en la ciudad, apasionado y lúcido a la vez, con todos los conflictos —poéticos y humanos— que ese vivir plantea.

Actor y espectador de Buenos Aires, el poeta reconoce su historia, la dificultad de su transcurso, todos los elementos que determinan la existencia de una gran ciudad. Para ello se vale de un lenguaje intérprete, por decir así, fiel traductor de la realidad que narra. Creo que sólo así es posible superar la falsa imagen del arrabal y el conventillo en que se minimiza la lírica porteña. Si aceptamos en la prosa este cambio (nadie escribiría con el lenguaje de "La Gran Aldea"), si admitimos la novelística de un Arlt, estamos ya preparados para aceptar la madurez emocional de Buenos Aires, la dramática realidad interpretada por Fernando Guibert.

Es claro que esta aceptación significa desde ya una toma de posición, un nuevo planteo de la expresión poética que sirve en este caso para cantar a Buenos Aires. En primer lugar es necesario recordar el valioso aporte de los "ismos" en poesía —Guibert es un poeta presente y no un coplero del 900— la "tradicción" revolucionaria del instrumento poético que emplea Fernando Guibert en esta radiografía vivencial de Buenos Aires. Y si es cierto que el poeta vuelve inexorablemente a los elementos de su realidad, también es cierto que sólo se integra a ella totalmente cuando su medio de expresión está logrado. Y esto es lo que ocurre, a nuestro entender, con Fernando Guibert. Tema y lenguaje están unidos en la substancia del canto, configuran al poeta que enfrenta y narra la realidad de Buenos Aires.

Entonces se hace posible la imagen total de la ciudad, los múltiples aspectos de su miseria y su grandeza, una visión simultánea y "fílmica" de sus conquistadores y desposeídos, de sus casas, de sus horas, de sus tangos, de sus "gardeles" y emplea-

dos, pequeños mitos y pasiones que van estructurando una historia. una posibilidad de vida. Grande y difícil tarea que Guibert registra en las 200 páginas de su poema, ordenando el ímpetu [avasallador de sus "registros", las diferentes voces de esta babilónica sinfonía de Buenos Aires. Desterrado del pequeño reino de los payadores el poeta no cae en el otro extremo —el reino del gigantismo y los poetas mesiánicos— sino que permanece en un raro equilibrio, gobernando con lucidez a sus imágenes. Uno de sus méritos —no el mayor, por cierto— es el haber liberado de la "lírica" portea al poeta metafórico... al "escenográfico" —hermano menor de aquél— y al

consabido turismo romántico por barrios y suplementos dominicales. La visión de Guibert es distinta... o para decirlo más claramente: es antagónica a la visión pintoresquista de Buenos Aires. El drama de la gran ciudad, su promiscuidad y su cosmopolitismo, sus luchas y esperanzas, la búsqueda de sí misma a través de sus hombres, es lo que da la tónica —llamémosla épica— de este extenso poema. Leyéndolo, hemos descubierto un mayor dominio "formal" en la poética de Guibert y —lo que es más importante— un fiel intérprete de nuestra realidad.

PEDRO G. ORGAMBIDE

## JOSE BLANCO AMOR:

## LA VIDA QUE NOS DAN

*Ediciones López Negri, Buenos Aires, 1953.*

Nunca dejará de conspirar contra el arte del escritor la facilidad expresiva del periodista. Dote u oficio, esta vecindad es argucia de demonios para menoscabo de desapercibidos. El estilo de crónica desapasionada que confiere a la obra transmuta insensiblemente el espíritu con que ésta es elaborada, la dota injustamente de superficialidad y opera una selección automática de valores de uso literarios que, al castigar la necesidad de vuelo y entrega visibles en todo escritor de real garra, hace medrar en su ánimo la consideración de factores y exigencias desvirtuadores de su origen conceptual.

La armonización de ambas facultades en dosis óptimas precisa, además de talento, la costumbre del esfuerzo que la prevención convierte en adultez. Desconfiar de toda facilidad es actitud higiénica en cualquier arte; cuánto más debe serlo, entonces, en la del ejercicio de las letras, donde al amparo de necesidades íntimas surge una falsa sensación de seguridad y una hipervaloración de aptitudes, señuelo por donde deslizan su contrabando urgencias e impaciencias.

Un desequilibrio de ese cariz se da patentemente en la obra de Arlt, disimulada por la recura de sus tipos y ambientes. Nótese, en cambio, con qué facilidad se delimitan en Koestler sus dotes de escritor y de periodista, cotejando, con criterio literario, el uso adusto y denso de contenido y forma en *OSCURIDAD AL MEDIODÍA*, y el ardoroso vuelapluma de *TESTAMENTO ESPAÑOL*, al cual Sartre coloca "entre las pocas obras de nuestra época que tienen garantizada la supervivencia". Ya en ese terreno, es dable comprobar idéntica dualidad en *LA FORJA DE UN REBELDE*, de Barca, donde la novela excepcional que es el primer tomo está "incontaminada de las contingencias periodísticas que hacen del segundo y tercero el sensible rezago de la trilogía.

Es esa la principal objeción a formular al autor de *LA VIDA QUE NOS DAN*, revelación del escritor José Blanco Amor: resta a la novela la sensación de hondura, de permanencia y de vigilia, confiriéndole un clima de volubilidad que un estilo nervioso e incisivo contribuye a acentuar. El hondo drama de la adolescencia de Enrique Beltrán Villa, desarrollado en dos ambientes horros igualmente de efusividades sentimentales, precisaba de esa técnica descarnada del relato, donde confluyen parejamente calidad expositiva y sinceridad; pero precisaba también de una represión del caudal discursivo, tal como se da sólo en la primera parte de la trama, a nuestro juicio la más lograda, tanto por su sentido de unidad como por la composición neta de ambientes y personajes.

El tino con que el autor gradúa la farsa de la rectitud paterna, hasta hacerla desembocar de improviso en la explosiva muestra de su miseria humana, es su galardón más destacable. El retrato de la abuela se nos impone más por la fuerza de su ternura que por la de su pintura, del mismo modo que se deslien las inoperantes figuras de la madre y de Amalia. Resaltan, por contraste, vigorosamente, las notables pinturas del cura de aldea, ordenando con idéntico fervor el cuidado de las almas, de su despena y de su cama; y las breves páginas donde se cuentan la muerte de una perra y la de un vagabundo a manos del pueblo y de la Guardia Civil.

La segunda parte recuerda al clima de *tremendismo* imperante en *NADA*, de Carmen Laforet. Residente en La Coruña, el adolescente topa con el mismo cuadro de opresión y envilecimiento de que se sirviera para autojustificarse un disconformismo fatino, telúrico; la ciudad no aporta alivio ni solución algunas; está saturada de su misma neurosis y hastío. La casa de sus tíos, donde vive pensionado, es cobijo de disolución, odio, miseria y, finalmente, crimen y suicidio. El retorno a la aldea, en procura de una nueva esperanza, marca un final de resignación e incertidumbre.

José Blanco Amor recata en la primera parte la obvia motivación de la partida de Enrique, y la hace recaer en un descubrimiento fortuito. Igual objetividad, que deja librada al lector las conjeturas que éste quiera o no formularse, preside el relato de la épica silbatina al padre Prat por parte de los mismos obreros que días después conducirán con unción la imagen de la Virgen. Pero el autor resuelve en la parte segunda intervenir e interceder por su creatura, acometiendo toda clase de consideraciones de orden moral, social y filosófico, que desordan la inobjetable técnica literaria de la parte primera. Toma partido apasionadamente, se mezcla en la trama anunciando para el futuro consecuencias de tal o cual suceso o de tal o cual personaje, deducción obvia para el lector, que confía encontrar —sin éxito—, en hechos posteriores, la confirmación del augurio. Ya no es el adolescente quien nos informa, en función personal, sus peripecias; es el autor Blanco Amor que, aun conservando la primera persona del relato se transfiere a personaje de la obra y opina, explica, razona, moraliza y relata, sin beneficio alguno para la unidad de la obra.

Es esta la segunda y última objeción consignable para el autor de *LA VIDA QUE NOS DAN*, galardonada con un premio "VALLE INCLAN". Los reparos apuntados obligan al crítico a no descuidar la puntualización de los méritos de la obra. Nos hemos referido a calidad expositiva y sinceridad. Insistimos de nuevo sobre este aspecto de la labor de Blanco Amor, porque anuncian la presencia de un autor con dominio señorial del idioma.

Los personajes, sobre todo aquellos que el autor *siente* más cerca de sí, están descriptos con vigor y hasta tienen la virtud de símbolos. Así, la pintoresca figura de don Cosme, el cura de aldea, tan patéticamente identificada en espíritu con el tío Joaquín somatén del rey, liga a ambos con la característica del vicio escudado en la honorabilidad. Del mismo modo, la prima Amalia es tan víctima inocente como la prima Toñita de un mismo sentido de irresponsabilidad: ambas serán pues, la fácil presa de apetitos y pasiones.

El libro que nos ocupa es español por dondequiera se le busque. Como tal, para filiarle, cabría colocarlo en la línea del *tremendismo* mencionado precedentemente, en la serie del mejor Cela, del mejor Barca y de la mejor Laforet (no es casual que todos ellos se identifiquen en el mejor Galdós).

Esto quiere decir que es bueno, con no ser parejo. Que señala a un buen escritor, que sobrepasa del mediocre nivel con que nos está atiborrando la Península; y que de no contener la obra —y desbordar— acento, materia y lenguaje españoles, nos habría gustado encontrar méritos semejantes en muchos de los libros de origen nacional que cuentan con inexplicable predicamento.

El esfuerzo y la buena voluntad que pusiera de manifiesto el injustamente olvidado Francisco Grandmontagne al radicarse en nuestro país y escribir sobre y para nuestro país, parecieran indicar a Blanco Amor una posible meta. Su inclusión en la literatura argentina, a despecho de su origen, dependerá así de su incorporación psicológica a nuestro medio. Y es posible que la idea no sea tan descaminada: así parece indicarlo un nuevo premio obtenido en el concurso de la casa Peuser, donde un jurado draconiano despachó adversamente las aspiraciones de valores ya consagrados en las letras argentinas.

## EUGEN RELGIS:

### De mis Peregrinaciones Europeas

*Editorial Hachette, Buenos Aires, 1953.*

La conmovedora imagen de una fe en los altos destinos del hombre, que no sabe de desmayos ni renunciamentos, se desprende de las autobiográficas páginas de la obra, poblada de fantasmas, orlada de melancolía y destinada a registrar un testamento pacífico.

Nombres familiares de la primera posguerra, Han Ryner, Andrés Latzko, Henri Barbuse, Jean Jaurés, Romain Rolland, Benjamin Fondane, E. Lanti, Georg Nicolai, León Bazalgette, Philéas Lebesgue, Edmundo Privat, Augusto Forel, Van Ligt y Stefan

Zweig, desfilan calidoscópicamente a través de conversaciones, polémicas, recuerdos de visiones fugitivas o de visitas relacionadas con una *Internacional Pacifista*, que hoy resulta anacrónica, pero que en la década que acompañó a la ascensión y consolidación de Hitler representó un coordinado movimiento de opinión antifascista.

No resultan sólo de interés anecdótico esos capítulos que hablan de una militancia hoy equiparable a ingenuidad, signados por un seudo linfatismo del cual Gandhi ejercería el sumo sacerdocio, amén de la adecuada dosis de acratismo, tan caro a los nobles ideales de Bélgica. El autor de la excelente *HISTORIA SEXUAL DE LA HUMANIDAD*, de *COSMOMETAPOLIS* y de *MIRON EL SORDO*, rumano de origen, y actualmente refugiado en Uruguay, donde ejerce el secretariado del C.R.I.A., agrupa en *DE MIS PEREGRINACIONES EUROPEAS* una serie de artículos que vieran ya la luz con anterioridad en distintas publicaciones periodísticas europeas y americanas, de carácter intelectual pacifista o anarquista.

Plenos de una sinceridad que quisiéramos en otros apostolados de moda, la pureza de sentimientos se refleja en meditaciones expresadas con convicción y sin altisonancias. Son, es cierto, ejercicios intelectuales que rehuyen toda confrontación con el descorazonador realismo de nuestros días; pero tienen carácter de militancia activa de una fe que cuenta con adeptos en la intimidad de cada conciencia que se resista a reconocer en la violencia la panacea que dirima las diferencias ideológicas o económicas. Al "quien quiere el fin, quiere los medios..." de Barbusse, opone "La Internacional de los Intelectuales basada sobre el humanitarismo, paralela a la Internacional de los Proletarios, basada en el socialismo, y solidario con ella", supervivencia de un credo que tiene mayor asidero en la confianza que en la teoría, mayor reserva en la bondad humana que en sus aspiraciones filosóficas.

Son páginas de reportaje, escritas con pasión y cuyo valor primario reside en constituir un testimonio, no ya de las tareas pacifistas del autor, sino también del credo solidario de hombres ilustres, muchos de los cuales pagaron con prisión y muerte su defensa.

La aparición del libro es, además, una rara demostración de confianza de una editorial en un autor que no es precisamente "best-seller", ejemplo a señalar a las que anteponen, por sobre todo, la consideración del valor comercial de la mercancía literaria.

GREGORIO SÉLSER.

WILLIAM FAULKNER

## ME REHUSO A CREER EN EL OCASO DEL HOMBRE

*(Palabras pronunciadas por el gran escritor cuando le fuera entregado el Premio Nobel de Literatura 1950).*

Tengo el sentimiento que este reconocimiento no ha sido otorgado al hombre, sino a la obra —la obra de mi vida creada en el sufrimiento y el sudor del pensamiento humano— creada no por la gloria ni la recompensa, sino para hacer de la materia del pensamiento humano algo que no existiera antes. Así, este premio me ha sido confiado. No será difícil hacer llegar la recompensa en dinero a algún fin concorde al sentido y a la importancia de su procedencia. Pero quisiera proceder con el reconocimientos espiritual del mismo modo, utilizando este instante como una cumbre desde la cual puedo hablar a los hombres y mujeres jóvenes que ya dedican su vida al mismo esfuerzo penoso y entre los cuales ya se encuentra aquél que se hallará algún día, donde me encuentro hoy.

La tragedia de nuestros días es un miedo general y omnimodo, que ya existe hace tanto, que hasta lo podemos soportar. No hay más problemas espirituales. Sólo existe la pregunta: ¿cuándo volaré despedazado por el aire? Por esta razón, el joven que escribe hoy, ha olvidado los problemas del corazón humano, que se encuentra en pugna consigo mismo; aquellos problemas que sólo pueden generar una buena obra literaria, porque es sólo el corazón que merece que escribamos, que pongamos tanto esfuerzo y sudor en ello.

El debe reconocerlos nuevamente. Debe aprender el mismo que lo más bajo es temer y enseñando esta verdad debe olvidarlo para siempre —y no dejar en su taller lugar a otra cosa más que las viejas verdades, sin las cuales todo cuento es pexcedero y destinado al olvido— amor y honor y lástima y orgullo y piedad y abnegación.

Hasta que llegue a esto trabajará bajo una maldición. No escribirá del amor sino del placer, de derrotas en las cuales nadie pierde algo que tuviera valor, de victorias sin esperanzas y lo que es peor sin conmiseración ni piedad. Su pena no llora los despojos del mundo, no deja cicatrices. No escribe del corazón, sólo de las glándulas.

Hasta que aprenda estas cosas, escribirá como si se entrara entre los hombres y observara su ocaso. Me rehusó a creer en el ocaso del hombre. Es fácil de afirmar que el hombre es inmortal, sólo porque sobrevivirá como ser; que cuando el último tañido de la campana de la condenación haya sonado y su eco se haya perdido en la última roca pelada que pende en medio del último crepúsculo rojizo, que entonces siempre se oirá un tono más: la minúscula, inagotable voz humana, que aun entonces seguirá hablando.

Me rehusó a creer en eso. Yo creo que el hombre no sólo sobrevivirá, sino que será el vencedor. Es inmortal no sólo porque tiene una voz inagotable sino porque tiene un alma, un espíritu que es capaz de la piedad, del sacrificio y del padecimiento. Es el deber del poeta, del escritor, de escribir de esas cosas. Es su privilegio de aliviarle sus padecimientos, elevando su corazón, recordándole el valor y el honor y el sacrificio que fueron la gloria de su pasado. La voz del poeta no debe ser sólo testimonio del hombre sino puede llegar a ser uno de los puntales y columnas que le ayuden a perseverar y vencer.

Traducción de JUAN PEÑALVA.

# CAPRICORNIO

## SUMARIO DEL N° 1

*Francis Jeanson.* — Alberto Camus o el alma en rebeldía.

*César Tiempo.* — Alberto Moravia.

*Alberto Moravia.* — Mario.

*L. Torre Nilsson.* — El cine que podemos aprender.

*Mario Bianchi.* — Los escritores italianos y la conversión religiosa.

*A. t' Serstevens.* — Gauguin en Papeete.

*Paul Eluard.* — Poemas.

*Jorge Aráoz Badi.* — Sergio Prokofiev.

*Héctor Bianciotti.* — Problemática teatral: El actor.

*Ernesto Rodríguez.* — Interrogación a la danza.

*Horacio J. Becco.* — Güiraldes y su ficción de la Pampa.

TESTIMONIOS: El trabajo forzado en EE. UU.

BIBLIOGRAFIA.

## SUMARIO DEL N° 2

*Alberto Camus.* — Carta a Jean-Paul Sartre.

*Italo Calvino.* — Llevado al comando.

*Bernard Dort.* — C. Virgil Gheorgiu o el testigo inocente.

*René Depestre.* — Poema de mi patria encadenada.

*Héctor Bianciotti.* — Madre coraje y sus hijos.

*Henry Miller.* — Los niños del mundo.

*J. D. Kohon.* — "Pacto siniestro" y "El ladrón".

TESTIMONIOS: El trabajo forzado en EE. UU.

BIBLIOGRAFIA.

## SUMARIO DEL Nº 3

- Jean-Paul Sartre.* — Carta a Albert Camus.  
*Juan Bosch.* — En un bohío.  
*Héctor Yanover.* — Para Vincent Van Gogh.  
*Albert Einstein.* — Ningún Estado ya nos puede ayudar.  
*Arturo Cerretani.* — Confesión apócrifa.  
*José Marial.* — La mar en coche.  
*Jorge Roberto Montes.* — La semana del cine italiano.  
 TESTIMONIOS: El trabajo forzado en EE. UU.  
 BIBLIOGRAFIA.  
 ESPECTÁCULOS.

## SUMARIO DEL Nº 4

- Francis Jeanson.* — Para decirlo todo...  
*Jean-Marie Carré.* — Rimbaud en Africa.  
*Albert Einstein.* — ¡Nada de perros amaestrados!  
*Gregorio Selser.* — Manuel Rojas y su memorable "Hijo de Ladrón".  
*Manuel Rojas.* — Una carabina y una cotorra.  
*Luis Soler Cañas.* — Ansiedad por fijar lo porteño.  
*Bernardo Kordon.* — Méjico visto por un agente inglés.  
 TESTIMONIOS: El trabajo forzado en EE. UU.  
 Amistad Chileno - Argentina.  
 ESPECTÁCULOS.  
 BIBLIOGRAFIA.

EL PREMIO GONCOURT  
 MAS SENSACIONAL DE  
 LOS ULTIMOS AÑOS

# 48 Horas en Dunkerque

de ROBERT MERLE

La novela más vigorosa, humana  
 y desgarradora sobre la  
 última guerra

Es una novedad extraordinaria de  
**EDICIONES DEL PORTICO**

*Pídala en las buenas librerías*

Distribuye  
 Edit. Bajel S. A.



DEL PORTICO

Maipú 356  
 Buenos Aires

Jean-Marie Carré

VIDA DE  
RIMBAUD

*La biografía más completa de la existencia aventurera de Jean-Arthur Rimbaud junto con el análisis exhaustivo de su genio y su poesía.*

Es una novedad de Ediciones del Pórtico

PIDALA EN LAS BUENAS LIBRERIAS

Distribuidora exclusiva:  
Librería Hachette S. A.

Rivadavia 739



Buenos Aires

PRECIO DEL  
EJEMPLAR \$ 5.-